

LA ILUSTRACION.

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 5.º—SÁBADO 1.º DE FEBRERO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 50.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

COMISION DE MEDIDAS EXTRAORDINARIAS NOMBRADA POR LA ASAMBLEA FRANCESA.—CRISIS MINISTERIAL.—COMPOSICION DEL NUEVO GABINETE.

A consecuencia de la modificación ministerial ocurrida en Francia en el gabinete del último periodo del año pasado, y particularmente de la destitución del general Changarnier, la mayoría de la Asamblea se decidió a defender a este general que poseyera hasta entonces el mando supremo del ejército de París, y se pronunció en escisión contra el gabinete modificado. Las sesiones de la Asamblea fueron borrascosas en los primeros días de este mes, y uno de los representantes, M. Rennesat, propuso el nombramiento de una comisión que adoptara las medidas extraordinarias que juzgara convenientes. Reunidas las secciones el 14 del corriente, nombraron los quince individuos que habían de componer la comisión extraordinaria, de los cuales solo dos fueron favorables al gobierno. Empezóse entonces la discusión bajo tan malos auspicios para el ministerio, y en la sesión del 18., terminada la discusión, pronunció la Asamblea un voto de

censura contra el gobierno. En seguida presentaron todos los individuos de este sus respectivas dimisiones, que no les aceptó por entonces el Presidente de la vecina República. Mas el 26 nombró nuevo gabinete que está constituido del modo siguiente:

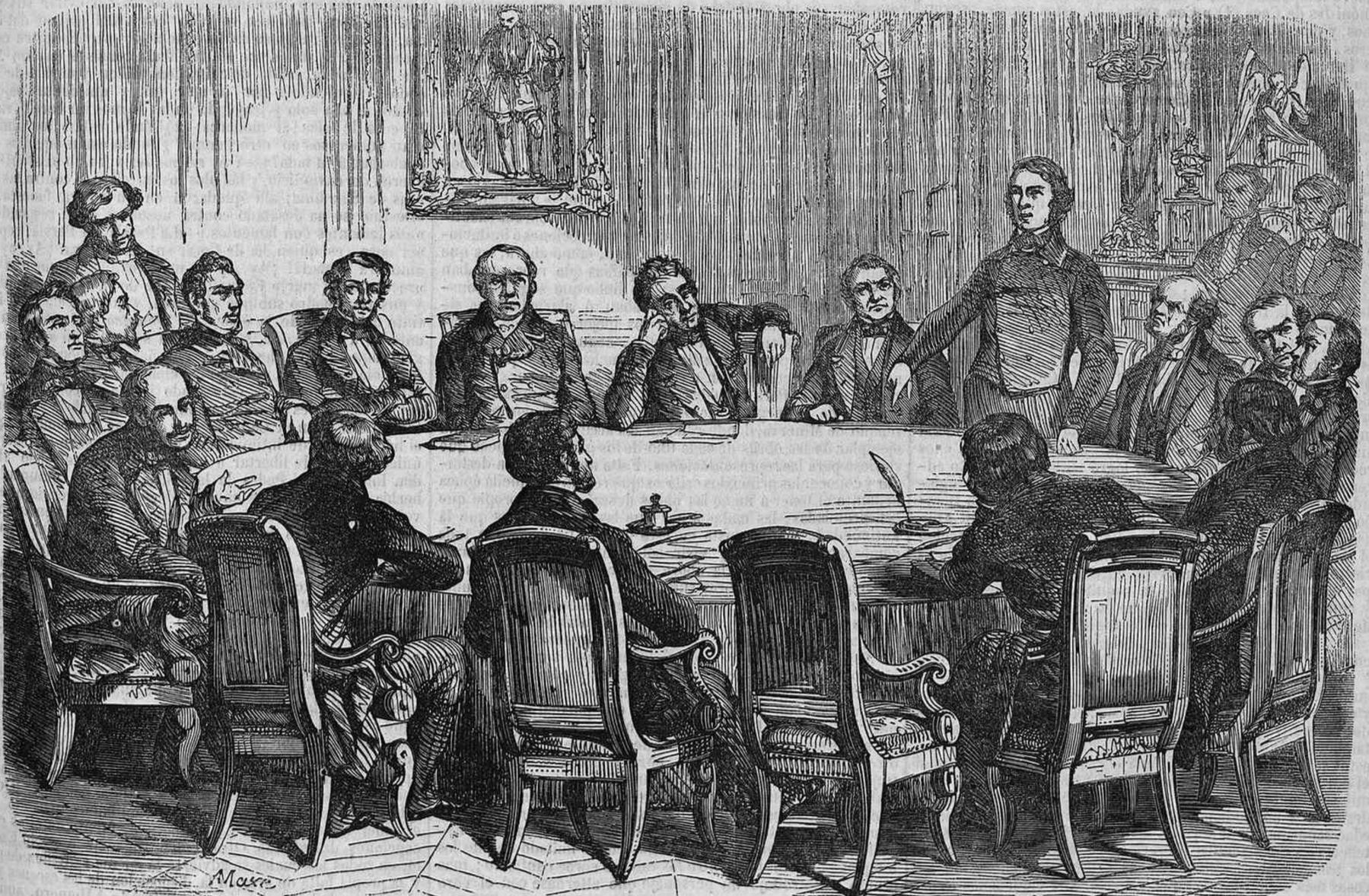
Brehier, ministro de Estado.
Royer, Justicia.
General Rendon, Guerra.
Fould, Hacienda.
Magne, Trabajos públicos.
Schneider, Comercio.
Vaillant, Marina.
Vaisse (prefecto del Norte), Interior.

Este gabinete puede decirse que no representa opinión ni partido alguno. El nombre de M. Fould es el único que tiene alguna importancia; los demás carecen casi totalmente de ella. Baste decir, en comprobación de este aserto, que solo dos de ellos son representantes del pueblo. Así, puede muy bien vaticinarse con probabilidades de acierto, que este es un ministerio transitorio, que muy pronto cederá su puesto a hombres que tengan alguna representación y nombradía en el mundo político.

Ofrecemos á nuestros lectores un trozo, de la obra que con el título de *Historia crítica de las letras españolas en los últimos 50 años*, escribe para la primera serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL don Antonio Cánovas del Castillo. La reputación de que goza ya este jóven, uno de los de mas esperanzas para nuestra literatura, y la circunstancia de destinar su trabajo á nuestra BIBLIOTECA, son motivos suficientes para que nos abstengamos de prevenir el juicio del público, acerca de esta obra importante.

Fragmento de la Historia del arte y de los preceptos literarios.

1. Pero paso á paso llega el arte de la palabra á su total desenvolvimiento en el siglo de Solon. Aquel grande hombre apareció en Atenas dictando sábias leyes, aunque no todas favorables á las letras; una de ellas prohibía las ficciones dramáticas como indignas de hombres libres, y capaces de corromper la moral de la república. Esto prueba que las representaciones dramáticas, que habían comenzado por simples diálogos líricos entre los sacerdotes, y odas cantadas



La crisis ministerial de Francia.

entre varios en ocasiones solemnes, iban ya separándose de su primer objeto y comenzaban á revelar un arte nuevo. Pero el código de Solon levantó aquella república á un punto de cultura de que estaban harto distantes los otros pueblos. Las artes de la palabra esparcidas antes por la Grecia, ora brillaban en Esparta, donde cantó Tirteo; ora en Mytilene, cuna de Safo y de Alceo; ora en la pintoresca Paros, que fué patria de Archiloco; ya en los pueblos dóricos; ya en Sicilia y el Atica, adonde probablemente tuvo origen el drama. Atenas concentra al fin toda la civilizaci6n helénica, y levanta un trono al arte que aun hoy se mantiene sobrado alto para que el mundo no lo admire y acate. La proscripci6n lanzada por Solon contra la poesía dramática no alcanza á la épica ni á la lírica; la elocuencia se cultiva con entusiasmo. Y aquí aparece por primera vez cierta contradicci6n entre el sentimiento lírico y la fábula dramática; Solon mismo que proscribía esta, fue uno de los mejores poetas líricos que tuviera la Grecia. Él supo renovar en Atenas los ejemplos de Tynnico y de Tirteo; Diógenes Laercio nos ha conservado esta historia con mas elocuencia que suele. «Los atenienses y megarios, dice, disputaban por la posesi6n de Salamina. Una vez y otra vencidos los atenienses, dieron al fin un decreto imponiendo pena de la vida á quien propusiera mas la guerra. Solon entonces, fingiéndose loco, vino coronado á la plaza pública y trayendo un heraldo ó pregonero consigo; allí mandó á este que leyera una composici6n poética dedicada á Salamina, y escitó tal entusiasmo aquella lectura, que los atenienses recobraron las armas y vencieron á sus enemigos. Los versos que mas movieron al pueblo decían así:—¡Quién hubiera nacido en Folegandro ó Sicina! ¡No en Atenas! ¡Ay ojalá que pudiese cambiar de patria! Por todas partes en derredor mío habré de oír estas infames palabras: aquel es uno de los atenienses que abandonaron á Salamina.» Y también estos: «Vamos á Salamina; vamos á conquistar aquella tierra preciosa y á sacudir la carga de baldon que llevamos (1).» Solon sufrió al fin la suerte de todos los hombres justos; su pariente Pisistrato conspiró para tiranizar á Atenas; en vano se opuso el filósofo y empleó contra él sus versos, sus escritos y aun su elocuencia en la plaza pública. El sagaz Pisistrato, hombre también elocuentísimo, atrajo á sí el favor popular, y con su ayuda se apoderó del poder.

2. Atenas fué victima por largo tiempo de discordias civiles; pero aquellas guerras y la tiranía de que fueron seguidas, antes aprovecharon que no perjudicaron al desenvolvimiento del arte. La época de Pisistrato y de sus hijos Hiparco é Hippias, como la de Pericles, la de Augusto y la de Luis XIV, fué fecunda en grandes escritores y en obras importantes; es triste pero cierto que la agoniá de la libertad y el primer día del despotismo sean memorables para las letras. Los Pisistrátidas protegieron las *cyclicas* ó certámenes líricos y fundaron la primera biblioteca que ha habido jamás. Pero no paró aquí su amor á las letras. Platon dice: «Hiparco, el mayor y el mas docto de los hijos de Pisistrato, entre otras bellas acciones que manifiestan su sabiduría, trajo á Atenas antes que nadie los poemas de Homero, obligando á los rapsodas á cantarlos en orden y unas cosas despues de otras como se hace todavía en los *Panatheneos*; envió un bajel de cincuenta remos á buscar á Anacreonte de Teos y conducirlo á esta ciudad, y á fuerza de recompensas y de regalos tuvo siempre á su lado á Simónides de Ceos (2).» Con ayuda de estos poetas, segun unos, y de cuatro gramáticos casi desconocidos, como afirman otros, los cuales se llamaban Onomácritos de Atenas, Zopiro de Heraclea, Orfeo de Crotona, y Conchylus, Pisistrato ó su hijo Hiparco, que en esto no están conformes las opiniones, reunió los fragmentos de Homero que cantaban los rapsodas componiendo así poemas enteros. Despues que en los *Panatheneos* ó fiestas de Minerva se leyeron por primera vez, se sacaron de ellos innumerables copias, favorecido esto por el desarrollo y facilidad que alcanzó el comercio del *Phapyrus* en aquella época. Y no será mucho decir que aquella publicaci6n de los poemas de Homero, á tiempo que la pasi6n de las letras escitaba todos los espíritus, sintiendo sed de inventar y de cantar, fué causa de que el arte acompañara siempre en aquella era á la inspiraci6n. La dramática á pesar de las prohibiciones de Solon toma un vuelo altísimo. Los templos son su cuna; del *dytirambo* ó oda en honor de Baco, nace la tragedia, y esta engendra á poco la comedia; á un tiempo se advierte su desarrollo en Grecia, Sicilia y Atenas. Epicharmo, Formio y Crates, aquellos sicilianos y este ateniense, fueron segun Aristóteles los inventores de las fábulas cómicas, y Pratinas, Tespis, Chérilo, y Phrynico, han pasado á la posteridad como los primeros que representaron tragedias; pero apenas se conservan los títulos de sus obras, y por consecuencia no puede determinarse cuál fuera el punto de perfecci6n que alcanzaron. Mas con ellos recibió el arte tal impulso, que logró matar el precepto adverso de Solon á pesar del respeto insigne que á aquel legislador profesaban aun sus compatriotas. Dícese que en tiempo de Pratinas se construyó ya un teatro de piedra en Atenas, de resultas de haberse hundido en una representaci6n el de madera que habia servido hasta entonces; y ello es cierto que Agatharco, que vivió en tiempo de Esquilo, pasa por el primero que conoció la arquitectura de los teatros, y aun se habla de un tratado que escribió sobre la materia, del cual no conservamos resto alguno.

3. No tardaron mucho en nacer certámenes dramáticos, como ya los habia líricos, con ocasi6n de las fiestas de Baco y otros dioses; los ricos pagaban los gastos de ellos y la autoridad los vigilaba celosamente. Celebrábanse anualmente y cada autor presentaba lo que se llamaba una *tetralogía*, es decir, tres tragedias y un drama satírico; mas tarde vinieron también los autores de comedias á entrar en certámenes, y á estos solamente se les pedía una obra: no es fácil en verdad el dar la raz6n de esta diferencia. Se cree, pero no es cosa universalmente aceptada por los críticos, que los poetas dramáticos no podían entrar en certámenes antes de cierta edad señalada por la ley. La manera de juzgar y dictar sentencias en estos pleitos literarios era singular, y merced á los trabajos laboriosísimos de los críticos alemanes, de las cosas mas conocidas de aquella época. Los ciudadanos ricos,

mantenan cuadrillas ó coros de representantes, cada cual uno, tomando de aquí el nombre de *corego*. Como no permitía juzgar de todas las obras presentadas la duraci6n de las fiestas, habia que elegir tres ó cinco entre ellas para que optasen al premio y esta primera elecci6n estaba á cargo del Arconte; tras esto venia la representaci6n á la cual no asistian las mujeres, pero en cambio concurrían todos los ciudadanos sin distinción de clases. Primero se juzgaba por aclamaci6n; mas tarde entendía en ello una junta de cinco jueces salidos por suerte. El vencedor colocaba su nombre en un monumento público entre el nombre del Arconte y el del *corego*; los que alcanzaban el segundo y tercer lugar en el juicio, eran inscritos en el registro público. Desechada una obra, el autor tenia que hacer en ella algunas correcciones para que pudiera presentarse en otro certamen; y á esto ha de atribuirse que corran tantos dramas griegos con dos diversas versiones; las *Nubes*, comedia famosa por lo que pudo contribuir á la muerte de Sócrates, debe contarse en este número. Ni han escondido los siglos la muchedumbre de rencillas y disputas nacidas por tales juicios entre los atenienses; el Arconte escluyó unas veces, como era natural, obras que merecian entrar en certámenes; los cinco jueces fallaron otras contra conciencia, y á la verdad los juicios del pueblo entero por aclamaci6n fueron siempre los mas justos, segun consta de ciertas noticias. Contaba sin embargo tal género de elecci6n con no leves inconvenientes. Plutarco refiere en la vida de Cimón uno de aquellos certámenes en el cual se aclamó de una manera estraña al vencedor.—«Hubo, dice, un oráculo que ordenaba á los atenienses transportar á Atenas los huesos de Teseo honrándole como á héroe, pero ignorábase el lugar de su sepultura y los habitantes de Scyros no querían creer que fuera su isla ni permitían que se buscasen en ella. Cimón á fuerza de celo llegó á descubrir la tumba; embarcó los huesos en su triremes, magníficamente adornado para el caso, y los trajo á su patria cuatrocientos años despues de la partida de Teseo. El pueblo le agradeció particularmente este descubrimiento, é instituyó certámenes trágicos para perpetuar la memoria del suceso, los cuales se celebraron con gran pompa. Sófocles, muy jóven aun, representaba su primera obra; el Arconte Apelesión que veía en los espectadores mucha parcialidad y preo cupaci6n, no queria echar las suertes para sacar á los jueces. Pero en esto entraban en el teatro Cimón y los otros generales para hacer á Baco las libaciones de costumbre; el Arconte no les permite salir, les obliga á prestar juramento y á sentarse y dictar la sentencia; diez eran en todo, uno por cada tribu. La calidad de los jueces llenó á los espectadores de emulaci6n maravillosa. Sófocles ganó el premio.» (1) El autor añade que Esquilo se mostró de esto tan ofendido, que abandonó al punto á su patria y fué á morir en Sicilia.

4. Y en verdad que admira el ver cómo era el teatro en los tiempos mas remotos, idéntico á como ha sido modernamente y es aun en nuestros días. Ya entonces los autores dramáticos escribían papeles para tal ó cual actor eminente, y por hacerlo faltaban á las reglas del arte: «Los buenos poetas, dice Aristóteles, por causa de los representantes alargan muchas veces las fábulas mas de lo justo y son forzados á pervertir el orden y encadenamiento de ellas (2).» La refundici6n de dramas era cosa comun y causada por harto diversos motivos. A veces los mismos autores retocaban sus obras al cabo de cierto tiempo para arreglarlas á las nuevas exigencias del público, cambiándolas, aunque no siempre, de título. De uno de ellos llamado Anaxáridos, cuenta Atheneo que entregaba impliamente sus obras al especiero en cuanto eran rechazadas del público sin permitir en ellas la menor enmienda; pero este ejemplo no tuvo imitadores. En ocasiones la refundici6n se hacia despues de muerto el autor, por los padres, hijos ó descendientes; tal se dice de Enphorion, hijo de Esquilo, que ganó el premio de cuatro certámenes con obras de su padre, un tanto acomodadas al gusto de sus días. Ni habia de faltar el plagio en literatura tan varia y rica; Aristóphanes se queja amargamente de su amigo Eupolio, que habia imitado con sobrada exactitud alguna de sus obras. Pero de estas correcciones ó imitaciones, las mas funestas para el arte eran, como ahora, las que solian hacer los actores de las compañías que representaban las obras dramáticas, cuando ya los hubo que seglian constantemente tal oficio. Ellos acortaban ó alargaban las situaciones, quitando impliamente los mejores versos ó añadiéndolos malísimos de su cosecha, segun convenia á sus intentos; ellos pusieron prólogos á muchas obras que no los necesitaban, y cometieron otros delitos de no menor gravedad contra el arte. Para remediar estos males se dió mas tarde el decreto de Lycurgo el Ateniense, mandando depositar en el templo de Minerva, donde estaban los archivos del Estado, un ejemplar de las obras de cada uno de los grandes trágicos que sirviese para las representaciones. Falta nos hace para deslindar y conocer los principios críticos que regian en aquella época brillante el tener á mano las obras desechadas, lo propio que las premiadas, las malas á par que las buenas; y es que la antigüedad, sobrado justa en este punto, ha impedido toda comparaci6n, con dejar vivir solamente las grandes obras. También nos convendría ahora conocer completas mas *trialogías*, ya que en obras sueltas no estamos de todo punto escasos, y poseer aun varias de las numerosas obras que se dedicaron á cada una de las grandes fábulas heroicas, á las familias de los Edipos y Atridas. á las guerras de Troya y de Tebas. Pero ya que esto no alcancemos, veremos, recorriendo las obras de los grandes trágicos y cómicos, cuál era el estado del arte, qué reglas generales se seguian en la composici6n con algunos preceptos que puedan de esta manera deslindarse. De los antiguos autores trágicos y cómicos, unos representaban las acciones de los héroes y semidioses, otros ridiculizaban los vicios, pero también la filosofía, las tragedias y hasta á los mismos ciudadanos y magistrados. Ni trataban con mas respeto á la religion de sus mayores, ya alterándola, ya escarneciéndola abiertamente. Pero todas las cosas del arte estaban mas adelantadas cuando apareció Esquilo. En los principios el diálogo, como imitado del de los templos, era sin duda entre los medios coros cantando; mas pronto se introdujo un personaje que alternase con el coro

y para mayor facilidad de la representaci6n se redujo su papel á recitado. Phrinico trajo el primero á la escena un asunto contemporáneo en una tragedia intitulada: *La toma de Mileto*. Y no tardó en aparecer en el público la exigencia justísima de que los poetas respetasen la moral en sus dos formas mas generales y mas altas, la patria y la religion. Herodoto refiere que aquella tragedia de *La toma de Mileto* costó á su autor graves persecuciones por haber representado en ella una victoria de los bárbaros sobre los griegos; que á tanto obligaba el sentimiento patriótico; y Esquilo fué acusado, segun aseguran, por mostrar poco respeto á los dioses en una de sus obras, que no se sabe á punto cierto cuál fuera. Lo que se permitió aun por mucho tiempo fué la crítica de los particulares; costumbre peligrosa y vil que la democracia autorizaba á pesar de la creciente cultura del pueblo de Atenas.

5. Si bien se mira la dramática de esta época, hallábase otra vez en ella vivos y poderosos la tradici6n y el gusto de Homero. Platon le llama padre de los poetas trágicos, pero aun Esquilo, el mas antiguo de ellos que nos es regularmente conocido, lo espresa mas energicamente en aquella sentenciencia que ha conservado Atheneo: «yo no vengo sino á recoger los restos del banquete de Homero.» De aquel gran poeta tomaron sin duda los trágicos las reglas generales de composici6n y los principios mas esenciales del arte. Eran entonces los días de las Termópilas; la Grecia ceñía á su frente tantos laureles de guerra como acaso pueblo alguno ciñó jamás. Maraton, Platea, Salamina, Leonidas, Temistocles, Aristides, nombres son eternos que cada generaci6n trasmite á la siguiente como estímulo y ejemplo; hijos predilectos de la gloria que los guarda con amor en su regazo. Simónides y Chérilo entonan el himno de guerra y de victoria, canto lírico donde el entusiasmo por la libertad raya en delirio; donde el espíritu nacional inspira únicamente los versos sin que el arte tome á su cargo todavía el moderar los ímpetus siempre crecientes del corazón. Levántase Esquilo todavía mal curado de las heridas que recibió en Maraton, cubierta la frente con el polvo y la sangre de Platea; pulsa también las cuerdas de su lira, y la tragedia intitulada: *Los persas*, aparece en los teatros de la Grecia entusiasmada. Hé aquí el canto de Esquilo: «El día, aguijando sus blancos corceles llega esparciendo por el mundo raudales de luz. Al punto levantan los griegos un clamor inmenso al modo de himno santo; y el eco responde únicamente á sus acentos desde las rocas de la isla. Sintiendo falsa su esperanza, tiemblan los bárbaros; porque sin duda no era síntoma de fuga el canto de los griegos: antes intrépidos y audaces venian al combate. Las trompetas encienden el valor de los corazones; la señal se da, y al punto los crujientes remos hieren cadenciosamente la temblorosa onda salada. El ala derecha venia primero en hermoso alarde; luego llegaba el resto de la armada, y al lejos se oían estas palabras: id, hijos de la Grecia, id á salvar á la patria y á salvar los hijos y esposas, y los templos de los dioses de nuestros padres y las tumbas de nuestros abuelos.» Esto lo pone el poeta en boca de un persa que fugitivo lo refiere en Susa, capital del imperio, delante de la tumba de Darío. No hay que buscar en esta composici6n gran interés ni verosimilitud, ni fábula ni episodios; el autor no es aun dramático, sino mas bien poeta épico, ó lírico que distribuye sus odas y elegías entre diversas personas para que las canten ó reciten; que sigue los pasos de Homero, imitando sus aciertos sin evitar sus yerros. Tal obra está aun sobrado cerca del origen del drama, del canto religioso de los templos repartido entre varios sacerdotes. El desenlace de la fábula consiste en que Xerxes, que habia salido de Susa con millon y medio de soldados, siguiéndole por el mar mil y quinientos bajeles, vuelve á ella solo y trayendo en las manos un carcaj vacío. El coro le dice al monarca: «¿Dónde estan tus amigos? ¿te aleaban á tu lado?»—Y él responde: «¿Ya no existen! Cayeron del navio tirio, y las olas los estrellaron contra las rocas de Salamina; allí quedaron en su ribera funesta. El destino se ha desatado contra nosotros. ¡Ay! responded á mis lamentos con lamentos.» «La Persia, la Persia, replica el coro, es quien ha de llorar su desventura. ¡Ay, ay de nuestra armada! ¡Ay, ay de nuestros bajeles que han perecido en la mar!» Ejemplo grande de la humana vanidad y miseria; cuadro sublime sin duda, y que revela ya el instinto dramático de la época. El *Prometeo* del propio autor, anterior á *Los Persas*, es un drama sagrado, un *auto* mitológico: aquel héroe, despues de enseñar á los hombres las artes y ciencias, roba el fuego del cielo para animar con él una estatua, queriendo de este modo igualarse con Júpiter: el rey de los dioses castiga su audacia mandando á sus ministros que le aten al Cáucaso con cadenas de diamante; pero el héroe, lejos de intimidarse, afirma que sabe un secreto, único que puede libertar á Júpiter de caer del cielo algun día. Indignado el Padre de los Dioses con la contumaz soberbia de Prometeo, le envía á decir con Mercurio que revele el secreto que anuncia, so pena de incurrir en tremendos castigos: mas ni por eso se intimida el audaz mortal. Entonces baja el rayo á la roca de Prometeo, rómpele, y dispersa sus pedazos por la tierra, y cúmplase la amenaza de Mercurio, que le habia dicho: «Mira, si no cedes á mis consejos, la tormenta de desgracias que va á caer sobre tí. El trueno y el rayo ardiente estan ya prontos; mi padre romperá en pedazos el áspera roca, y tu cuerpo desaparecerá debajo de los escombros, enterrado en piedra. Largo tiempo pasará despues, y al cabo volverás á ver la luz; pero será para que el perro alado de Júpiter y el águila hambrienta arranquen sin piedad pedazos de tu cuerpo: huéspedes importunos que vendrán á alimentarse cada día con tu carne, negro y sangriento manjar de su festín. Ni pienses que tenga término tal suplicio, sino cuando un dios se ofrezca á padecer por tí.» ¿Qué especie de adivinaci6n, ó qué imagen del sacrificio del Verbo santo encierran estas últimas palabras? ¿Quién sabe! Mas ya se advierte el orgullo humano luchando con el poder divino; eterna ley del mundo, fuente de altas concepciones dramáticas. Otras cinco tragedias escribió Esquilo, en todas las cuales se advierte la misma sencillez de plan y la propia falta de arte en la disposici6n de las escenas y en el interés de la fábula; siempre imitando á Homero, aun en los personajes y argumentos; siempre acercándose mas á lo épico que á lo trágico. Los coros de este autor comprenden

(1) Vidas de los Filósofos. Cap. II.

(2) Platon. Diálogos. Ion.

(1) Plutarco. Vidas de hombres célebres.

(2) Poet. Cap. X.

cantos líricos de gran belleza que alcanzan ó superan á los de Píndaro.

7. Pero el análisis de la *tetralogía* de este poeta, que lleva el nombre de la *Orestíada*, ha de servirnos de muestra de lo que era el arte dramático en este tiempo. Aunque la historia sobre que está fundada es harto conocida, fuerza será recordarla. Homero habla de ella el primero en dos lugares de la *Odisea*. «Menelao, dice, hermano de Agamenon, está detenido en una isla, de donde los vientos contrarios no le dejan salir con su armada. Idothea, hija de Proteo, uno de los dioses inferiores y servidor de Neptuno, se compadece de la suerte de los griegos, y enseña al héroe el modo de sorprender á su padre y de obligarle á que les diga qué cosa hayan de hacer para calmar ó contrarestar las iras de los vientos. Menelao y sus compañeros siguen los consejos de la ninfa, y aprehenden en sus brazos al viejo Proteo á pesar de las mil transformaciones de que usa para escapar. Entonces saben de él la suerte que el Cielo les depara, y oyen también la de otros héroes, entre los cuales se cuenta Agamenon. Este, dice el Dios, evitó la muerte, y se escapó con su armada, ayudado por Juno. Pero al acercarse al promontorio de *Matilo*, un golpe de viento le arrojó á pesar de súplicas y ayes á la playa que habitó en otro tiempo Thyeste, en la cual residía Egisto por entonces. Al punto se aplacan los vientos, los navios entran en el puerto, y Agamenon besa llorando de júbilo la tierra natal. Pero fue descubierto por un vigilante que Egisto tenía puesto en cierta eminencia para que le avisase la llegada del rey, prometiéndole en recompensa dos talentos de oro. Ya hacia un año que el espía aquel no descansaba un punto, temiendo por instantes la llegada secreta del valiente Agamenon. «Nótala entonces, y corre á dar parte á Egisto, el cual dispone al punto asechanzas mortales contra el rey. Escoge veinte hombres de los mas feroces del pueblo, y los pone en celada; manda preparar un festin suntuoso, y para disfrazar mas sus proyectos sale á recibir á Agamenon montado en su carro. Apenas habia entrado el rey en el festin, cuando los asesinos se arrojaron sobre él, y le degollaron con todos sus compañeros. Ni uno escapó del palacio» (1). En otro lugar completa la historia de esta manera: «Ulises baja á la region de los muertos y encuentra allí á Agamenon.— «Hijo de Atreo, ledice el héroe, tú el mas grande de los reyes, ¿cómo han podido las Parcas traerte á tal estado? ¿Perdiste con tu armada al rigor de Neptuno? ¿ó acaso moriste á manos de gente estrangera cuyos rebaños habias arrebatado? ¿ó bien sucumbiste delante de alguna ciudad sitiada por ti para saquearla y reducir á cautiverio á sus mugeres?»—«Hijo de Laertes, le respondió Agamenon, ni Neptuno ha desencadenado contra mí las tempestades del mar, ni al golpe contrario he sucumbido en la batalla. Egisto fue quien ayudado de mi fatal esposa me dió la muerte, invitándome á un festin: en su palacio caí como toro matado en el establo: tal fue mi término infeliz. Todos mis compañeros fueron degollados en derredor mio, como los puercos del poderoso en dia de bodas ó de magnífico banquete. Tú has visto morir á muchos héroes, ya en combate singular, ya en el tumulto de la pelea sangrienta; mas en verdad te digo que eso no tiene comparación por lo horrible con el espectáculo que mis compañeros y yo presentáramos aqui y allí heridos ó muertos ya, en derredor de las urnas y de las mesas llenas de manjares todavía, convertido el suelo en laguna de sangre. Al punto mismo de morir ó la voz lamentosa de aquella hija de Priamo, Casandra, á la cual estaba matando Clitemnestra no lejos de mí. Aunque espirante ya, metí mano á la espada para acabar con la pérdida esposa, pero ella huyó, y mas no se acercó á mí, ni aun para cumplir el último deber de cerrarme los párpados y la boca. Mi infame esposa no me dejó ver á mi caro Orestes.... Pero decidme sin disfraz: ¿Sabéis algo de mi hijo? ¿Dónde está? Porque ya sé yo que el divino Orestes no ha muerto todavía (2).» Tal es la tradicion homérica. Ella fue sin duda cantada por los rapsodas, como todos los versos de la Iliada y Odisea, y con el transcurso del tiempo debió padecer mudanzas, recibiendo cierto complemento y perfeccion. Esquilo recogió esta historia de los libros de su divino maestro, y ya ayudándose de las variantes de la tradicion, ya recurriendo á su propia fantasia, logró presentarla en la escena con gran éxito en tres tragedias que componen juntas la *Orestíada*, con los nombres de *Agamenon*, los *Choéforos* y las *Eumenidas*.
(Se continuará.)

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

REVISTA DE TEATROS.

El acontecimiento teatral de la última quincena ha sido la representacion del drama *Un hombre de Estado*. Con ansia se esperaba este dia por la gente de letras: con curiosidad lo esperaba también la mayoría del público. Noche de prueba para el jóven autor, porque despues de los repetidos elogios que se habian tributado á su obra, era preciso que esta fuese sobrenatural para que llenase las esperanzas de todos; prueba mas difícil todavía, si se atiende á lo que es el público y á las diversas fracciones de que se compone. Nosotros que conocíamos el drama, temimos por el éxito antes de concluirse el primer acto, y al ver la ejecucion. El público estaba fraccionado en tres secciones. Una seccion, y muy respetable, la componian los que asisten con desden á un teatro de verso, los que se entusiasman fácilmente con las *piruetas*, y que no siendo capaces de juzgar del mérito de una obra, nunca les faltan palabras para criticarla, con el único objeto de pasar por gente ilustrada. En otra seccion figuraba la mayoría del público; la que necesita que los actores le hagan comprender las bellezas del drama; la que no quiere pasar por ilustrada, pero en cambio desea acostarse, lo mas tarde á las doce de la noche, y no sufre con paciencia un espectáculo que les obligue á permanecer en el teatro pasada esta hora. Por último, componia la tercera seccion la minoría; es decir, los que podian juzgar con mas acierto, los que conocian los defectos de la obra, los que comprendian también sus bellezas y se la-

mentaban con acritud, al verla tan inhumanamente sacrificada por los actores.

No aceptamos el papel de criticos: no nos conceptuamos con bastante autoridad para tan alta mision; manifestaremos únicamente nuestro juicio sobre la obra del señor Ayala señalando lo que creemos bueno y malo.

D. Rodrigo Calderon es un ambicioso que se cree con derecho á subir al poder, y lleno de orgullo desea que se atribuya su elevacion á su talento y no á la fortuna. Así lo demuestran los siguientes versos:

¡Mi fortuna! — Ya ese nombre me ofende, me desespera, y hasta borrarlo quisiera de la memoria del hombre. Cuando á costa de su ciencia, de su afan, de su desvelo; cuando á costa ¡vive el cielo! aun de su misma existencia, fama, honor y lucimiento el hombre de genio aduna... ¡Oh! todos gritan: «¡Fortuna!» Ninguno dice: «¡Talento!»

A pesar de estos versos, los medios que don Rodrigo pone en juego para subir al poder, no revelan el talento y sagacidad del que aspira al título de hombre de Estado. No se vé al ambicioso destruyendo cuantos obstáculos se le oponen. Don Rodrigo ocupa el puesto de su protector el duque de Lerma, y no hay lucha, porque el duque recibe de Roma el capelo de cardenal y presenta al rey su dimision.

Cuando don Rodrigo quiere espiar á sus émulos, se esconde repetidas veces detrás de las puertas. Estos son recursos muy gastados y de poco efecto.

En el primer acto hay diálogos inútiles, sobran monólogos, y en este acto principalmente es donde se advierte mas falta de conocimiento de la escena. El acto segundo es el mejor. En el final del acto tercero hay una situacion sumamente dramática; pero hay también aglomerados muchos incidentes que destruyen el efecto: hay rasgos delicados y algunos toques de brocha gorda; sobra por último la bengala y todo aquel aparato de melodrama que para nada sirve. No estamos conformes con los que dicen que el acto cuarto es malo: es un acto muy delicado, y en este mas que en los anteriores, se necesita que los actores hagan comprender al público sus muchas bellezas.

La figura mas simpática del drama es la de Matilde, jóven virtuosa, que ama á don Rodrigo, que se presenta á su lado como su ángel salvador, procurando alejarle del camino á donde le arrastra su ambicion.

RODRIGO. No, no; para merecer ese amor que yo bendigo quiero honor, fama, poder.
MATILDE. ¡Que mal comprendes, Rodrigo, el alma de una muger! El amor que ardiente anima á renunciar fausto y nombre, es, Rodrigo, y no te asombre, la prenda que mas sublima á nuestros ojos á un hombre. Mas quédate: no he querido que bajas de tu alta esfera; tu pecho me aborreciera despues, al verse impedido por mi amor en su carrera. Ni tu pudieras creer que una amorosa pasion recompensa al corazon lo que perdiera en perder los sueños de su ambicion. ¡Adios! por siempre quizás... Hoy de la Corte me alejo y para sentirlo mas dichoso en ella te dejo: ¡Ay! pronto me olvidarás.

Esta misma Matilde tan pura apasionada y tan tierna se presta, á instancias de don Rodrigo, á pedir venganza contra él por haber muerto á su primo, en desafio; con el objeto de que el príncipe no pudiese tener la menor sospecha de su cariño. Esta ficcion destruye el carácter mas interesante del drama y el público la oyó con disgusto.

Hemos señalado los defectos que encontramos en la obra del señor Ayala. Pero no por esto hay razon para decir que el drama es malo y que el autor ha sufrido una derrota: muy al contrario; al lado de estos defectos hay grandes rasgos, grandes pensamientos, y una versificacion pocas veces incorrecta y siempre armoniosa.

No podemos menos de trasladar los siguientes versos puestos en boca de don Rodrigo, al despreciar los consejos del duque de Lerma.

RODRIGO. ¡Oh! ¡renunciar á la esperanza mia! Perdonadme; jamás—y ¿quién ahora tal sacrificio comprender podría? Una fortuna conocida y cierta, Se renuncia mas bien y un alto nombre; todo el mundo lo aplaude, y se despierta la vanidad del corazon del hombre. Mas este sacrificio silencioso, Que nadie lo comprende, es muy distinto— Nunca el dueño del mundo, Carlos quinto, hubiera reducido su persona De una celda al mezquino alojamiento, si no hubiera tenido una corona que arrojar á las puertas del convento.

Entre las muchas bellezas que encontramos en el acto cuarto señalaremos algunos versos de la escena quinta entre don Rodrigo y el duque de Lerma.

DUQUE. Hijo, llora en mis brazos; yo contigo debo llorar el mismo desacierto.

RODRIGO. Vos aun vivís.

DUQUE. Mi corazon, Rodrigo, antes que el tuyo para el mundo ha muerto. — Ninguno vive en el presente dia: Del porvenir la imagen solamente alegra ó hiere la existencia humana;

y ya en el mundo para el alma mia ha perdido su luz ese mañana. Fantasma encantador de mil colores que bello nace en nuestra edad florida, y luego cada vez menos galano, en pos de sí nos lleva por la vida, siempre delante y nunca en nuestra mano.— Y mañana es la muerte; y ese anhelo que en nuestro pecho sin cesar se advierte y un mañana mejor ansiar nos hace, es amor al descanso de la muerte, que sin saberlo con nosotros nace.

En el mismo acto y en la escena sétima don Rodrigo oye las palabras consoladoras de Matilde y espera resignado la muerte.

RODRIGO. Caí, mas no vencido, que á pesar de mi vida detestable la grandeza del hombre he comprendido;— del hombre que inspirado conociendo que cuanto no es eterno es miserable, los ojos fija en la mansion divina y en paz en medio del mundano estruendo hácia su fin sin inquietud camina; y ve á los hombres en mayor altura, sin envidiar su mísera riqueza, que en su calma consiste su ventura y en ser hombre consiste su grandeza.— Sí; lo comprendo ya, Matilde mia, y Dios por tí su bendicion me envia y mi eterna inquietud ya no me aflige, y el alma crece de su dicha ufana:— voy á morir:—¿qué importa?—¿quién exige mayor ventura de la vida humana?

Vamos á hablar de la ejecucion, y en esto tenemos que ser hoy muy duros. El señor Valero ha sido la causa principal de que el drama no haya tenido todo el éxito que merecia. Representó el papel de don Rodrigo sin dignidad; cuando se hallaba en alguna situacion de interés se frotaba repetidas veces las manos ó abria mucho los ojos: otras veces adoptaba una entonacion acompasada que destruía el efecto de los mejores versos, prolongando muchas escenas y haciéndolas aparecer lánguidas. El papel de *D. Rodrigo* es indudablemente superior á sus facultades. El señor Calvo estuvo también bastante desgraciado en el *Duque de Lerma*. En el primer acto representó el papel de un viejo regañon de muy mal génio: en el segundo estuvo mas grave: en el cuarto dijo los versos en tono de sermón. Comprendemos muy bien lo que habrá padecido el autor al ver ensayar su obra, y parece imposible que haya podido llegar con vida hasta el dia de la primera representacion.

El señor Ayala fué llamado á la escena. El jóven que á los 23 años escribe un drama como *el Hombre de Estado*, puede abrigar la esperanza de llegar á ser uno de nuestros primeros escritores dramáticos.

F. M.

La princesa Cristina Tibulce de Belgiojoso.

En la última plana de este número presentamos el retrato de esa princesa italiana que tanto figuró en los últimos acontecimientos de Roma. Es tan conocida la parte que tomó en aquellos sucesos por las relaciones de los periódicos, que creemos inútil ocupar un espacio de nuestro periódico con detalles biográficos. Creemos suficiente aumentar con su retrato la galeria de los de notabilidades contemporáneas que vamos dando en LA ILUSTRACION.

Puente colgante de Coubcac.

Ofrecemos hoy una vista del puente colgante de Coubcac, uno de los mas notables que se han construido; nos proponemos ir dando vistas de las obras modernas de este género que demuestran los adelantos que se van haciendo en el arte de vencer los obstáculos que ofrece la naturaleza para la facilidad de las comunicaciones.

Sinagoga de Burdeos.

Este templo israelita es sin disputa el mas hermoso de su clase que existe en Francia. Su arquitectura elegante y severa, desprovista de los adornos con que otras sectas recargan su iglesia, brilla en toda su desnudez, dejando admirar al viagero sus bellezas sin cuento.

La vista de la sinagoga conque encabezamos este artículo, está tomada en el momento de celebrarse la fiesta del *dia del año* (Roschachana, creacion del mundo), primer dia de Tibri, mes de setiembre, diez dias antes del grande ayuno. Esta fiesta dura dos dias.

Las mugeres en Egipto.

Una inglesa de bastante talento, mistres Poole, acaba de publicar en Lóndres, bajo el título de *La Inglesa en Egipto*, una obra llena de interés, en que refiere de un modo agradable sus impresiones de viaje, y del cual ofrecemos hoy á nuestros lectores algunos párrafos de los mas notables.

Ademas de la mayor de las abominaciones sancionadas por la ley y la costumbre musulmanas, que es la poligamia, y la facilidad de divorciarse, su consecuencia inmediata al sistema de los harems produce abusos innumerables.

Entre estos, el peor en concepto mio, es el matrimonio precoz de los niños del sexo masculino. Apenas alcanzó un muchacho la edad de catorce años, cuando ya todas las mugeres del harem de su padre le hablan de matrimonio, y particularmente su madre le insta á que elija. Si cede á estos consejos, á estos ruegos, y rara es la vez que tiene la energia suficiente para resistir, está perdido sin remedio. Desde que se casa, es decir, desde el momento en que tiene un harem, se halla esclavo ya de sus pasiones, se embota su alma, se gasta su corazon y olvida instruirse. No es ya un hombre, sino un bruto. En Oriente, la edad madura no cumple nunca lo que prometen la infancia y la juventud.

(1) *Odisea*, canto 4.^o
(2) *Odisea*, canto XI.

Esta costumbre que tan sensibles consecuencias tiene, debe su origen á preocupaciones religiosas difundidas generalmente en los países en que impera el Corán. A los ojos de los musulmanes, el celibato casi es un crimen. Cuanto mas numerosa es su posteridad, tanto mas felices se consideran, y sin embargo, la muerte de un niño de tierna edad les causa casi tanta alegría como su nacimiento. Las mas veces, un pensamiento egoista es el que les inspira estos tan opuestos sentimientos.

Recompensas especiales han sido prometidas á las madres por el Profeta: «Cuando una muger dá un hijo á su marido, dijo Mahoma, es llamada mártir en el cielo, y los dolores del parto y los cuidados que prodiga á sus hijos, la preservan del fuego del infierno.» Por otra parte, la estimacion que profesa un marido á su muger, aumenta en proporcion de su fecundidad, y difícilmente se decide un hombre á divorciarse de una muger, ó á vender una esclava que le ha dado un hijo.

La ley musulmana prescribe á la madre que crie con leche de sus pechos á su hijo durante dos años enteros, á menos que la permita su marido destetarle antes de la espiracion de este término, ó darle una nodriza. «Nada hay mejor para un niño, dice una tradicion, que la leche de su madre.—¿Queréis someter á una prueba el carácter del niño? ofrecedle el pecho de otra muger cuando acabe de soltar el de su madre: si mama la leche de aquella muger, no tenéis buena opinion de su carácter.»

Los musulmanes consideran los hijos como objetos dignos de envidia, y velan constantemente por su seguridad con la mas tierna solicitud. Recurren á diferentes medios para ponerlos al abrigo de la supuesta influencia del mal de ojo. Cuando los sacan de casa, los visten generalmente con ropa sucia y usada, y no les lavan ni las manos ni la cara; algunas veces llegan hasta el extremo de ensuciarlos á propósito, y por último, para mayor precaucion, les ponen en la cabeza un gorrazo de estraña forma, ó adornan el que llevan puesto con una ó varias monedas, una pluma, una bellota, un conjuro escrito, ó dos amuletos cosidos juntos en un saco de cuero, (1) ó algun otro objeto que sea propio para llamar la atencion de los transeuntes.

No se debe espresar la admiracion que produce la vista de un niño hermoso sino por medio de una exclamacion piadosa, pues se causaria de lo contrario á sus padres un terror profundo, y no hay duda alguna que despues de marcharse el que hubiera visto al niño, se apresurarian á recurrir á alguna ceremonia supersticiosa para neutralizar las temidas influencias de las miradas envidiosas y mal intencionadas que se habian fijado, segun ellos, en su hijo. El objeto principal que se proponen los musulmanes ricos al tener á sus hijos encerrados tanto tiempo en sus harems, es el de protegerlos contra estos peligros.

El padre tiene todavia un deber postretero que cumplir con su hijo: es el de una muger en cuanto se halla en estado de casarse, es decir, cuando ha llegado todo lo mas á los veinte años. Algunos jóvenes se casan antes de alcanzar esta edad. «Cuando un hijo varon haya llegado á los veinte años dice la tradicion, su padre deberá casarle, y tomándole entonces de la mano, decirle:» «Te he criado, te he instruido y te he casado; ya no soy responsable de tu conducta ni en este mundo ni en el otro.» Cuando un hijo varon haya alcanzado la edad de la pubertad, dice otra tradicion, si su padre no le casa aunque se halle en estado de hacerlo, la falta de que este joven se haga culpable irá á cargo del padre tanto como del hijo. Una tercera tradicion llegó hasta el extremo de hacer al padre entera y exclusivamente responsable de esta falta. Lo que acabamos de decir respecto de los hijos, se aplica igualmente á las hijas que hayan llegado á la edad de doce años.

La instruccion que reciben las mugeres musulmanas es muy limitada; muy pocas son las que saben leer. Las enseñan tan solo á rezar y á recitar de memoria algunos capítulos escogidos del Coran, á coser, á hilar, y á trabajar en tapicería, rara vez á bordar; la música y el baile están abandonados cuasi exclusivamente á artistas de profesion ó á los esclavos de los harems de los magnates. No se ven ya en manos de las señoras egipcias mas que dos instrumentos del mismo género; una especie de tambor llamado *darabukken*, y un *tar* ó tamboril que se toca con los dedos; pero en cambio, las madres enseñan á sus hijas el arte de agradar á sus padres.

Servir á su esposo ó á su dueño, cuidar á sus hijos, hilar ó bordar, tocar el tamboril, tales son pues las ocupaciones habitua-

les de las mugeres de los egipcios, ó de sus esclavas concubinas, cuando están solas en sus harems. Pero con frecuencia se hacen visitas que duran una parte del dia; entonces

pueda pasar de este número; pero la conducta de algunos discípulos del Profeta, que no podrian ser acusados de haber violado sus preceptos, parece probar una opinion contraria. «Ali, dice la tradicion, era el mas devoto de los compañeros de Mahoma; pero tenia cuatro esposas, y se casó, despues de haberlo hecho con Totima, con mas de doscientas.»

Un musulman puede divorciarse dos veces de una muger, y reunirse otras dos veces con ella. Ejerce este último derecho, aun contra la voluntad de su muger durante un tiempo fijo que no puede pasar de tres meses, á menos de estar embarazada, en cuyo caso debe esperar hasta el nacimiento del hijo que lleva en el vientre, para estar libre para contraer nuevo matrimonio. Durante este período está obligado su marido á proveer á todas sus necesidades. Si se divorcia este por tercera vez, no puede volver á reunirse con su muger sin que esta consienta en ello, y sin casarse de nuevo con ella, y ademas, es preciso que en este intervalo haya estado casada con otro marido, y que este se haya divorciado de ella.

Un musulman confia generalmente la eleccion de su esposa á su madre ó á cualquiera otra muger de su familia. La ley le permite que vea el rostro de su prometida antes de casarse con ella; pero en el dia, rara vez obtiene un hombre la autorizacion de este derecho, sino es en las clases inferiores.

Esceptuando este caso, un musulman no debe ver sin velo mas que á su esposa, ó á su esclava, ó á las mugeres con quienes le es imposible casarse (su madre ó otra ascendiente, sus hijas ó sus nietas, sus hermanas por parte de padre ó sus hermanas de padre y madre: las hermanas de su padre y de su madre ó de sus demas ascendientes; sus sobrinas ó las hijas de sus sobrinas.)

De todas las costumbres establecidas en los harems, las mas singulares son quizás las que se practican con motivo de una defuncion. Una amiga de Mrs. Poole, llamada Mrs. Lieder, la ha suministrado sobre esto los datos siguientes:

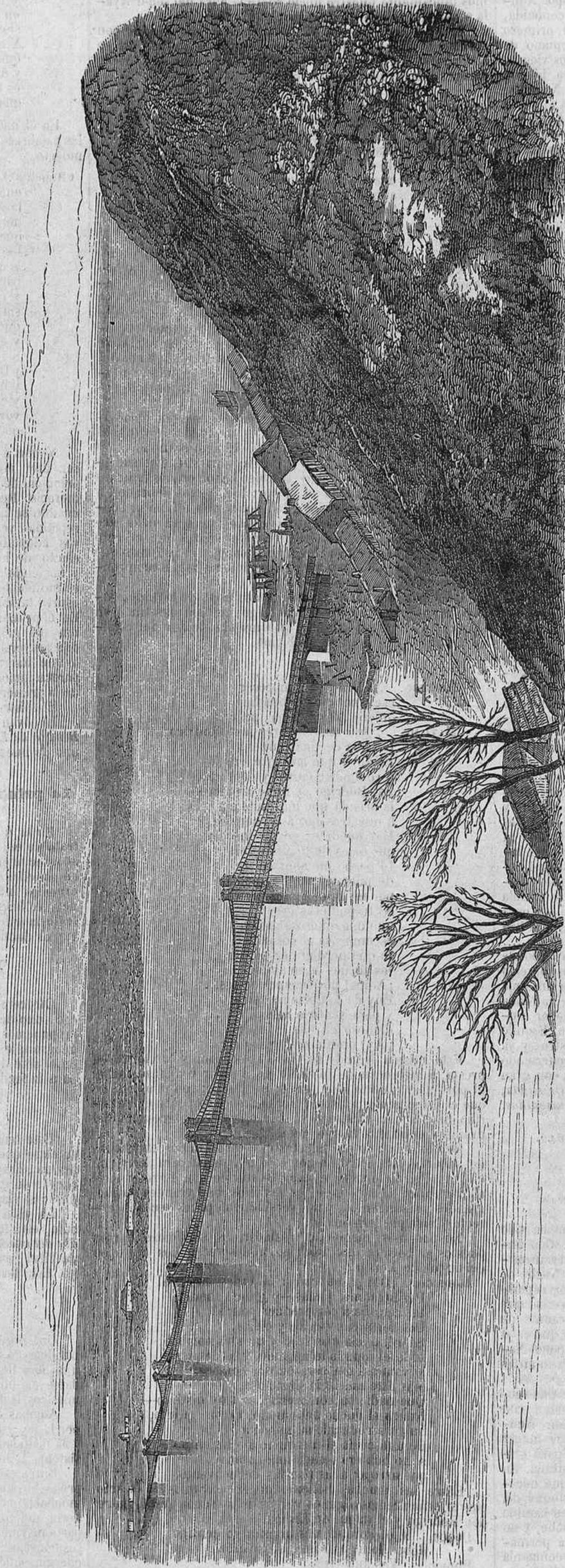
«Uno de los coptos mas ricos del Cairo rogó un dia á Mrs. Lieder que le enviara un médico inglés para su muger, cuya vida creia que se hallaba en peligro. Era demasiado tarde. Antes de que el médico tuviera tiempo para llegar á la casa del copto, murió la enferma. Mrs. Lieder habia acompañado al facultativo. Cuando llegaron, la puerta de la casa de la difunta estaba obstruida por los amigos de su marido.

Mrs. Lieder subió sola á las habitaciones del harem, y atravesó el cuarto en que la enferma acababa de exhalar el último suspiro. Aunque no hizo mas que pasar por él, sorprendiéndola el desorden que allí reinaba. Nada se habia quitado ni arreglado desde que lavaron y trasladaron el cadáver á una pieza grande contigua, donde le habian colocado en un colchon pequeño. En el momento en que Mrs. Lieder entró en esta habitacion, la aturdieron los gritos y lamentos de mas de veinte mugeres que se hallaban en ella. Eran lloronas alquiladas; el cadáver estaba cubierto de pañuelos de casimir y velos de encages magníficamente bordados.

«Dos mugeres tocaban el tamboril y entonaban cantos fúnebres.» Las que estaban encargadas de gritar y llorar, ganaban concienzudamente su dinero. No contentas con desgañitarse, se daban golpes violentos unas á otras. No era menos curioso á la par que fastidioso el espectáculo que las esclavas ofrecian. Se retorcian desesperadas, y se doblaban hasta el suelo cruzando las manos. Todas estas mugeres continuaron lanzando gritos y gesticulando, hasta que casi se hallaron imposibilitadas de proferir el mas leve sonido ni hacer el mas mínimo ademán. Por fin las hicieron seña de que callaran, y se tranquilizaron.

«Entonces tuvo lugar el episodio mas interesante y tierno del drama. Los parientes de la difunta fueron á sentarse lo mas cerca que pudieron del cadáver, y cada uno de ellos le habló á su vez, usando las expresiones mas tiernas del cariño y la amistad; le puso en la mano un pañuelo arreglado en forma de venda, y al final de su discurso hizo girar rápidamente aquel pañuelo. Todos los concurrentes dirigieron alternativamente la palabra á la difunta, tanto las esclavas como las parientas. Las exclamaciones eran variadas:

«¿No te he querido? ¿no te han adorado mis ojos? Eres joven, tesoro de mi corazón, amada mia. ¡Ah! eres demasiado joven para dejar á tu esposo y á tu madre. Ya cocia el pan que tú comias. ¿Debes abandonar acaso para siempre á tu esclava? ¡Oh ama mia! ¡ya no comerás el pan que preparaban para tí mis manos!—¿No te he condimentado acaso las golosinas mas esquisitas? ¿No quieres permanecer mas tiempo con nosotros? ¿Puedes dejarnos asi tan afligidas? ¡Oh! ¡vuelve en tí querida mia! ama mia! revive para tu pobre esclava, y te haré bollos con miel, azúcar y perfumes! ¡emplearé todo su talento para serte agradable!» Estas últimas palabras fueron pro-



(1) Sabido es que en Madrid, varias madres, y muchas de ellas pertenecientes á las clases ilustradas de la sociedad, ponen en la faja que sujeta la envoltura de sus hijos en mantillas, un evangelio cosido dentro de un pedazo de tela, con el fin, tambien, de librarlos del mal de ojo. (N. del T.)

comean, beben, fuman y refieren historias fantásticas.

Un musulman puede tener cuatro mugeres á la vez, ya sean todas libres ó todas esclavas, ó ya unas libres y otras esclavas. «Los hombres que practican mas estrictamente su religion no creen, segun la opinion de M. Lane, que se-

sitas? ¿No quieres permanecer mas tiempo con nosotros? ¿Puedes dejarnos asi tan afligidas? ¡Oh! ¡vuelve en tí querida mia! ama mia! revive para tu pobre esclava, y te haré bollos con miel, azúcar y perfumes! ¡emplearé todo su talento para serte agradable!» Estas últimas palabras fueron pro-

nunciadas por una negra anciana, de una obesidad un poco demasiado oriental. Otra esclava se desmayó varias veces tanto, á la verdad, por cansancio como por cariño.

«La madre de la difunta fué la que llamó particularmente mi atención. Unos calzones viejos formaban parte de su traje; llevaba además un tob (ámbito *pardessus* de seda), y sobre el velo azul oscuro que cubria su cabeza, una banda estrecha de muselina azul, que es uno de los principales distintivos de luto; habíase teñido de azul los pies y las manos; la suegra y sus hermanos se habian desfigurado del mismo modo. Todas aquellas mujeres no cesaban de saltar, gesticular y gritar alrededor del cadáver, al que de tiempo en tiempo cubrian de besos, desgarraban sus vestiduras, y derramaban abundantemente hasta que cayeron al suelo sin poderse mover.

«Después de haberlas examinado detenidamente, dirigí en derredor mio curiosas miradas, y vi que todo lo habian puesto, á propósito, en el mayor desorden. Vasos y vasijas de porcelana y de barro yacian en el suelo hechos pedazos; la rica alfombra de Turquía, los cogines y almohadones de los divanes estaban vueltos; además el divan y su forro habian sido teñidos con indigo, así como las paredes, y encima

para obtener su mano, se habia visto precisado á darla un dote considerable. Podria tener todo lo más, en el momento de su muerte 17 años. Cuando se la hubo vestido por última vez, comenzaron con nuevo furor los gritos y lamentos; las mugeres que la habian vestido la hablaron á un tiempo de la magnificencia, belleza y excesivo precio de todos los objetos que componian su traje; después la envolvieron en una pieza de raso y oro: este era su sudario.

«Las amigas se retiraron entonces, y hallaron preparados á la entrada del harem caballos para todas ellas.»

«Cuando se hubieron marchado, bajaron el atahud y le depositaron delante de la puerta del harem, después de haber colocado encima la silla de montar de la difunta y una almohada pequeña. Terminados los preparativos, el marido obtuvo licencia para despedirse de su muger. Desde el momento en que esta murió, ni él ni ninguno de los parientes del sexo masculino habian visto el cadáver. El marido parecia estar loco. Se precipitó á la caja mortuoria, y pidió que le enterraran con su muger.

«Durante la enfermedad de la difunta, sus parientes habian hecho numerosas rogativas á una imagen célebre de la Virgen, muy venerada en el país, y á la cual atribuía la

caballos, 3800 artilleros y 400 gastadores, á todo lo cual se añadian los 9000 marineros, componiendo un total de 76,800 hombres. Esta monstruosa armada bastaba entonces para ahogar á la Inglaterra.—Una borrasca acabó con ella.—Esta borrasca que reinó la noche del 2 de setiembre de 1788, hizo cambiar la faz del mundo.

Además de sus fuerzas visibles, tenia también la España su fuerza oculta; y si grande era su superficie, no era menor, por cierto su profundidad. Trabajada por todas partes con minas y contraminas, galerías y redes encubiertas, ramificaciones estensas y raíces inesperadas, sorprendió, según su testimonio, al célebre Richelieu, cuando más tarde empezó á dar golpes de zapa en el cano de la vieja Europa, el encontrarse siempre con la España que oponia su formidable resistencia á cada paso.—Lo que de ella se veía á la luz del día era inmenso; pero todavía mayor lo que no podía penetrarse por el misterio en que se envolvía, pudiendo asegurarse sin temor de contradicción, que en los negocios generales del universo, no habia por entonces otro interés dominante que el de España por todas partes.

Dominaba á la Italia por medio de matrimonios de sus reyes y de conquista: Austria, *nube*; á las repúblicas mer-



La Sinagoga de Burdeos.

habian echado salvados, harapos, libros viejos, y otros mil objetos destruidos. La única cosa que habian dejado intacta era un antiguo sillón de madera negra incrustada con nácar de perla, y coronado con un dosel de seda encarnada.

«Cuasi todos los coptos poseen un mueble de esta clase, en el cual colocan su turbante mientras duermen. Observé también que la cruz copta habia sido trazada en las paredes y en varias partes, con una especie de desprecio, como si los miembros de la familia se hubieran enfurecido contra la Providencia.

«Sin embargo, trajeron el traje de boda de la difunta, y las lloronas empezaron á desnudar el cadáver que habia sido lavado y envuelto en un pedazo de percal; todas las parientes salieron entonces de aquella habitacion, abandonándole á las amigas y á las lloronas alquileradas. Pusieron á la muerta un pantalon de raso de color de rosa, un par de mezz, ó babuchas nuevas, de tafete amarillo, una camisa con encajes, un yeleck ó chaleco magnífico de brocado de oro, un cinturón de casimir, una saltasi ó chaqueta de raso azul celeste ricamente bordado de oro, un farondich (especie de turbante) nuevo y un velo de crespon. La difunta habia sido extraordinariamente hermosa, por cuya razon, su marido,

credulidad pública, entre otras virtudes sobrenaturales, el poder de curar á los enfermos.

«Quedando sin efecto sus oraciones, recurrieron á las reconvenções y amenazas. «¿Estais ciega? ¿estais sorda? la preguntaban; ¿no veis su estado? ¿habeis perdido vuestro poder? etc.»

«En fin agravándose cada vez más la enfermedad, se enfurecieron y empezaron á sacudir tremendos golpes á la imagen!»

La Europa en el siglo XVII,

POR M. VICTOR HUGO. (1)

Esta flota conducia á un ejército de 25000 españoles, 5000 sacados de Italia, 6000 de las Indias, Canarias y Portugal, y el resto de reclutas; 12000 italianos, mandados por dos maestros de campo: 25000 alemanes: 1200 caballos ligeros de Castilla; 200 de la costa y 200 de la frontera, es decir 1600

(1) Véase el número anterior.

cantiles por el ágio; al papa por la religion y con un no sé qué de mas católico que la misma Roma; y al mundo entero por el oro, del que tenia los criaderos.—La América española, en efecto, era la caja, y España el cajero.—Como casa de Austria dominaba pomposamente la Alemania, y la daba el impulso que queria, y esta, gobernada por Carlos V y la influencia española, como anteriormente lo habia sido por Carlo Magno y la influencia francesa, no dejó sin embargo, muerto aquel, de sacudir tan pronto el yugo de la España. Como queda demostrado, habia en ella algo mas poderoso que su brazo, y era su política.

Fácilmente se concibe el malestar y la inquietud del resto de Europa entre aquellos dos formidables colosos que quedan descritos. Comprimida por la Turquía al Oriente, y por la España al Occidente, su poder y su territorio se estrechaban de día en día.—La Polonia y la Hungría habian sido ya invadidas por el turco, y apenas Varsovia y Buda habian podido resistir á su bárbara irrupcion. La órden de san Juan de Jerusalem habia sido recogida por Carlos V en Malta: Génova, cuya dominacion llegaba en otro tiempo hasta el Tanais, y que poseyó antes á Chio, Lesbos, Chipre, Pera, Mitilene y una buena parte de la Tracia, habia ido

retirando sus posiciones ante las formidables fuerzas del gran turco, y se habia reducido á la Córcega.

La Europa, sin embargo, resistia á ambos estados invasores; la Francia, la Inglaterra y la Holanda luchaban contra España; el sacro imperio, auxiliado por la Polonia, la Hungría, Venecia, Roma y Malta, hacian frente á los turcos. El rey de Polonia, aunque pobre en rentas, y no muy abundante de soldados de infantería, tenia una caballería excelente, compuesta de cien mil polacos y de setenta mil lituanos, organizada á la turca, es decir, feroz y salvaje para la agresion, terrible y durísima para la resistencia: era, pues, la mas propia para cubrir las fronteras de la Europa, y defender contra las hordas bárbaras al tímido rebaño de los europeos occidentales: el emperador cubria el resto desde Knin sobre el Adriático, á Srolnok sobre el Danubio, y Venecia y Malta cuidaban de la mar. No hacemos mencion de Génova, porque humillada y rebajada hasta el extremo, no podia hacer mas que vigilar sus costas con cuatro galeras, y dejar podrir otras veinticinco en su arsenal, abrigándose ella misma bajo el manto protector de la España.

Malta tenia tres corazas: sus fortalezas, sus galeras y el valor de sus caballeros: estos valientes adalides, sometidos por su regla á leyes tan severas, que el mas calificado de la orden no podia hacerse un vestido sin permiso del bailío, se vengaban de aquella estrechez desplegando en los combates un valor inaudito: mansos corderos en su isla, convertíanse en leones en saliendo á la mar; y tanto, que una de sus galeras con solos diez y seis cañones no titubeaba en atacar á tres galeones turcos.

Venecia, opulenta y osada, apoyándose sobre siete fortalezas que poseía en la Lombardía y en la Marca, dueña del Frioul y de Istria y del mar Adriático, fieramente instalada en Corfú, Zante y Cefalonia y en todas las islas de la costa desde Zara á Cerigo, y sosteniendo constantemente al pie de guerra setenta y cinco mil hombres de todas armas, hacia mucha sombra al sultan; aun despues de otras muchas pérdidas, habia conservado á Candia á despecho de aquel, y en continua alerta desde el magnífico barrage natural que cierra el mar Egeo, impedía á los turcos la entrada al Mediterráneo, y contenía por aquel punto los formidables empujes de la barbarie.

La Santa Sede servia tambien de un gran recurso para la defensa: nada mas curioso hoy que investigar qué especie de príncipe temporal, qué poder militar y político era entonces el papa, tan altamente encumbrado como príncipe espiritual. Roma, que en otro tiempo tuvo cincuenta millas de recinto, estaba reducida á diez y seis: sus puertas, divididas entonces en catorce regiones, se contaban en número de trece: habia sufrido siete saqueos históricos; pero aunque profanada, conservaba todavia su carácter desanta; aunque desmantelada, habia aparecido siempre fuerte. *Roma será siempre Roma.* El pontífice poseía una de las Marcas, Ancona, y uno de los ducados, Espoleto: tenia Ancona, Comachio y las bocas del Pó sobre Venecia, Civitavecchia sobre el mar Tirreno.

Los estados de la iglesia comprendian la campaña de Roma y el patrimonio de S. Pedro, la Sabina, la Umbria, es decir, la sombra del Apenino, la marca de Ancona, la Romagna, el ducado de Ferrara, el pais de Perusa, el Bolonés, y un poco de Toscana; una ciudad de primer orden, Roma; otra de segundo, Bologna; ocho de tercero, Ferrara, Perusa, Asconi, Ancona, Forli, Ravena, Fermo y Viterbo; cuarenta y cinco plazas de todos rangos, entre ellas Rimini, Cesena, Raenza y Espoleto; cincuenta obispos y milion y medio de habitantes. El Papa poseía además en Francia un condado que tenia por núcleo la terrible fortaleza de Aviñon. El estado Romano visto sobre un mapa, presentaba la misma forma que hoy, es decir, una figura sentada en la grave posicion que los dioses de Egipto con el Abruzo por silla, Módena y Lombardía sobre su cabeza, la Toscana sobre el pecho, la tierra de labor bajo sus pies, recostada en el Adriático, y teniendo el Mediterráneo á las rodillas.

El soberano pontífice, rico pues con las contribuciones ó tributos de todos los fieles, podia poner una respetable fuerza sobre las armas, y ya Gregorio VII y Alejandro III pudieron hallar recursos para resistir á todas las fuerzas del imperio y de las Dos Sicilias reunidas. Confiado en su poder espiritual, en su posicion, en sus fortalezas y soldados, el papa prestaba grande auxilio en la guerra contra el turco, y desde que aparecia en marcha un turbante ó una media luna, prestaba sus soldados, sus tesoros y sus indulgencias á quien queria salir á combatirlos. En la liga de 1542 contra los otomanos, Paulo III envió á Carlos V doce mil infantes y quinientos caballos.

A los fines del siglo XVI una tempestad habia salvado la Inglaterra del poder de España: al concluir el XVII, en 1683, Sobieski salvó á la Alemania de los turcos. Salvar á la Inglaterra, era salvarla á ella sola; salvar á la Alemania, era salvar á la Europa entera. Sin embargo, ni la invencible armada, vencida por Dios, ni Kara Mustaphá, vencido por Sobieski, bastaban todavia á asegurar plenamente á la Europa. Quedaban en pie la España y la Turquía, y en el siglo XVII se temia verlas engrandecerse aun mas y presentarse terribles y amenazadoras en el porvenir; y apenas la política de aquel entonces daba treguas á sus temores, al verlas combatirse mutuamente en las aguas del mar Rojo. A la vista tenemos dos curiosos escritos de aquella época, titulado el uno *Las fuerzas del rey de España*, impreso en París en 1627, y el otro *Discurso sumario del estado del Turco*, en los cuales se hace la pintura mas pomposa del poderío de ambas naciones, y se aventuran los mas terribles pronósticos de su dominacion universal.

Hoy, por la fuerza misteriosa del destino, la Turquía ha caído, la España ha caído tambien. A la hora en que escribimos, los asignados (*Schim*) esta polilla de las sociedades corrompidas, devoran el imperio turco.—A esta misma hora, otra nacion sentada en Gibraltar, tiende su capa sobre las garras del leon español.

De esta manera los dos colosos que hace doscientos años terrorizaban á nuestros abuelos, se han disipado como el humo. Pero ¿la Europa ha quedado por ello libre de temores?—Nada menos que eso.—Como en el siglo XVII, se ve amenazada de un doble peligro. Los hombres pasan, pero el hombre queda siempre; caen los imperios, pero prevalecen los instintos egoístas; el espíritu de guerra, de violencia y de conquista está todavia en pie en el oriente; el espíritu

mercantil, intrigante y aventurero, permanece despierto al Occidente. Los dos gigantes, pues, no han hecho mas que cambiar algo de posicion, subiéndose algo mas al norte como para apoderarse mejor del continente europeo.

La Rusia ha devorado á la Turquía.—La Inglaterra ha devorado á la España.

Basta pasar la vista por el mapa de Europa con cincuenta años de diferencia, para ver de qué manera irresistible, lenta y fatal, va la frontera rusa adelantando é invadiendo el imperio otomano. Diríase que es como la marea que sube mas á cada oleada, haciendo desaparecer sucesivamente la playa; algunas veces parece retroceder; pero lánzase de nuevo, y va mas lejos á cada embestida.—El mar es la Rusia; la playa la Turquía.—El dia 20 de agosto de 1828 llegó una oleada hasta Andrinópolis; retiróse por entonces; pero ella volverá y de esta vez alcanzará á Constantinopla.

En cuanto á la España, preciso seria acudir á las inmensas dislocaciones de los imperios romano y carlovingio, para formarse una idea de su ruina colosal y prodigiosa.

Sin contar con el Milanesado, que se llevó el Austria, ni con el Rosellon, el Franco Condado, los Ardenes, Cambrésis y Artois que tornaron á ser Francia; de los trozos de la antigua monarquía española se han formado en Europa otros cinco reinos además de la España propiamente dicha, á saber, el Portugal, la Cerdeña, las Dos Sicilias, la Bélgica y la Holanda: en Asia un vireinato, la India, igual á un formidable imperio; y en América once repúblicas: Méjico, Goatemala, Colombia, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, la Plata, Chile y las dos de Santo Domingo, sin contar con los inmensos estados de la Florida, la Luisiana, Tejas y California, que hoy figuran entre los de la Union Americana, y ya por influencia, ya por soberania directa, la Inglaterra disfruta hoy la mayor parte de aquella enorme herencia.—Casi todas las islas y puntos importantes de costas que España dominaba y que eran literalmente innumerables, son hoy de la Inglaterra.

Por todas partes de los actuales dominios británicos se tropieza con nombres españoles; Gibraltar, Sierra Leona, la Ascension, Mascareñas, Cabo delgado, Cabo Gardafú, Honduras, las Lucayas, las Bermudas, La Barbada, la Trinidad, Tabago, Sta. Margarita, la Granada, S. Cristobal, Antigua Sta. Elena, etc. Aun bajo la enorme presion de la Inglaterra los fragmentos del imperio de Carlos V no han perdido su indole y forma; y si no temieramos sentar una comparacion hiperbólica, diriamos que se encuentra á la monarquía española en las posesiones de la Gran Bretaña, como se encuentra á una oveja medio dijericada en el vientre de un lobo.

VICTOR HUGO.

CORRESPONDENCIA.

Habiendo recibido varias cartas en que me congratulan por mis escenas de viages, me creo en el deber de contestar á alguna, con el fin de satisfacer á los señores que me han honrado con una consideracion que nunca apreciaré como se merece. Así hago pública esta débil muestra de mi agradecimiento. Una carta suscrita por el Sr. don Ramon Sans y Ribes, abogado residente en Zaragoza, dice así:

«Muy señor mio y de mi mayor atencion: Amante de la verdadera literatura, y entusiasta como el que mas por toda clase de producciones que revelan instruccion, genio y moralidad, me complazco en manifestar á V. la agradable emocion que me ha hecho experimentar la sabrosa lectura de los artículos publicados por V. en el acreditado periódico LA ILUSTRACION.

«Confieso que al principiar á leerlos, creí encontrarme con algun resumen histórico y geográfico, ó alguna descripcion artística, como suele escribirse cuando de viages se trata; mas bien pronto salí de semejante error, viendo que en vez de marchar por esa senda tan trillada, abria V. un nuevo campo á ese ramo de literatura, haciendo que sus viages sean unos verdaderos estudios morales en que sobresale una crítica juiciosa y una filosofía razonada. No son, no, sus artículos de V. como la mayor parte de los que ven hoy dia la luz pública, que solo tienen por objeto amenizar un rato de ocio; sino que contienen ó abrigan tendencias mas vastas, mas nobles, mas profundas. Producciones de un origen elevado y ejecutadas con tanta conciencia, pinceladas tan diestras, cuadros tan acabados con un fondo tan rico de moralidad, de pureza y de entusiasmo por lo bueno y lo bello, llevan consigo el germen fructífero de una digna educacion moral y literaria. ¡Ah! si todos los escritores se dedicasen á sus faenas con semejante conciencia, la juventud no perderia el tiempo leyendo obras que no hacen otra cosa que suministrar nociones muchas veces erróneas, y contrarias casi siempre al buen gusto, consideradas bajo el aspecto literario.

«Pero lo que tambien me ha maravillado ha sido que haya V. empezado por describir sus viages, asunto difícil en extremo, puesto que es necesario dar vida á todos los objetos que se ponen en relacion con nosotros; tarea que no es dado á todos descubrir; pero afortunadamente le cabe á V. la gloria no solo de haber sido original, sino de haber desempeñado su propósito con una felicidad admirable.

«No puedo concluir esta carta sin tomarme la franqueza de pedirle á V. un favor. Varios amigos míos han hecho conversacion de V. conmigo, y sentimos á la verdad no conocerle por mil razones que no son del caso referir. En nombre, pues, de esos mismos amigos, y de otras muchas personas que sienten simpatías hácia V. por haberles gustado muchísimo sus escenas de viages, le ruego encarecidamente se sirva V. darnos á conocer algunas circunstancias de su vida, y que continúe V. publicando tan interesantes viages para tener el placer de seguirle en su caravana. Y por mi parte puedo asegurar á V. que si algun dia hiciera alguna excursion á esta capital, tendria la mayor satisfacion en conocer á V. y en poder tributarle los distinguidos obsequios que V. se merece.

«Reciba V. entre tanto la atenta consideracion con que se ofrece de V. afectísimo S. S. Q. B. S. M.—Ramon Sans.

«Zaragoza Enero de 1854.»

CONTESTACION.

«Señor don Ramon Sans—Zaragoza.—Muy señor mio de todo mi aprecio. El autor no responderia; pero el ser agra-

decido no puede callar. No contesta, pues, el hombre que escribe: lo hace el hombre que siente. La lectura de la carta anterior me ha consolado con la esperanza que acompaña siempre á todo afecto bueno que nos posee por la primera vez. ¡Emocion querida como todo aquello que es virgen! Me ha consolado con la esperanza de un amigo. No se asombre V., se lo ruego. No sé si tengo alguno. Esta especie hiere sin duda á muchas personas que se creen con derecho á este nombre; pero mi conciencia es el asilo inviolable de mi vida. Yo no debo privarme de mi única heredad: yo no debo engañarme tambien. En una poesia titulada *mi enfermedad en Narbona*, digo:

La verdad brote del herido pecho,
Nunca el engaño mis palabras vele.
¡Amigos! no los tiene el pobre lecho:
¡Harto, buen Dios, el corazon se duele!
Nadie se cura del saber fecundo:
¿dó quier me demandaron por mi herencia.
Murmure si le place todo el mundo;
antes que su opinion es mi conciencia.
Diga de mí que su virtud le robo,
alcen los hombres su graznar de grulla:
yo oigo su voz que la voz del lobo
que en la montaña ahulla.
¡Pobre de mí! Cuando la muerte temo,
aquí me gozo en insultar los vivos...
¡Perdona, humanidad! Sé que blasfemo;
pero el mal y el dolor son vengativos.

V. comprende perfectamente que no entiendo por amistad la relacion que liga á dos personas que se van juntas al café, al teatro, al paseo, á la tertulia: que se sonrinen mostrándose los dientes, como hace el galgo cuando quiere mordernos: que se dan las manos con la perpétua añadidura de *salvo quante*, si guantes llevan, porque en caso contrario no creo que haya necesidad de agasajarles con tal requisito: dos personas que se festejan con una magnífica cortesía, muy magnífica, y un dulce mohin, muy dulce... Y ya V. conoce que no es poco. He dicho magnífica, porque siempre me he representado á esa comparsa semejante á una corte de pequeños príncipes, festejados por un gran séquito de sacudimientos y evoluciones. Un momo es su lujo: un aspaviento es su magnificencia. ¡Grandeza de sombrero y de labios! ¿Qué es caridad? ¿Qué es deber? ¿Qué es ser buen hijo? ¿Qué es ser buen padre?—Como si habláramos de los habitantes de la luna. ¿Cuál es el color que la moda ha prohibido en los guantes, por ejemplo? Todos responderán: violeta, canario, azul turquí... ¡turco debiera ser! Dias pasados nos hallábamos un amigo y yo en una tienda de la calle del Príncipe, en ocasion en que entró una de esas señoritas, sultanas de estrado, preguntando si se vendian gemelos de estuco. El principal respondió que no; pero que en cambio los habia de carei y de marfil y de concha y de... mi amigo murmuraba: y ¡de cuerno! Pero volvamos á la amistad. Ya V. comprende, repito, que no la coloco tan bajo. Eso seria hacer un templo de una cueva. ¿Gentes de córte? ¡Libre Dios á nuestra matrona de semejante plaga! Plaga, amigo mio, y plaga como la primer plaga de Faraon. Lo digo sin demandar á nadie perdon ni indulgencia. Si no lo creyera razonable, no lo diria: creyéndolo no necesito de indulgencias ni de perdones.

Juzgo que solo pueden ser amigos dos personas que sienten y viven del mismo modo, que se dirigen al mismo fin: cuya sociedad no reconoce por vínculo otra condicion que el nuevo placer de vivir asociados. Los amigos dicen: nos miramos y nos comprendemos: nos queremos por lo que somos. Estamos juntos, nos encontramos bien: basta. El que ve la figura de un amigo junto al cálculo de mañana, es un especulador, un mercader. Cuando estoy al lado de una persona que me es querida, vivo para gozar lo que siento: soy feliz, mi mundo es el presente. El dia que vendrá es la ilusion del desgraciado. Del sentimiento del mal nace la esperanza del bien. Una furia engendra aqui á un angel. Consideradas así las cosas, ignoro si tengo algun amigo. No sé si esa emocion dulce y bienhechora ha honrado mi frente con alguna caricia. Creo que no, porque de ser así hubiera invocado su nombre muchas veces: en mil ocasiones hubiera exclamado: ¡Oh amistad, eleva mi espíritu! Sígame V., y veamos si conseguimos dar un poco de entonacion á esta pobrísima pintura. Desgraciadamente lo digo por experiencia propia, y en estos instantes hablo con toda la efusion de que soy capaz. ¡Pobre de aquel que tiene desierto su corazon! Es mucho mas pobre que el mendigo que posee un objeto á donde puede volver los ojos enrojecidos por el llanto. Es mucho mas pobre que el leproso, si ese leproso puede besar la mano benéfica que le cura las llagas. Es mas pobre que el huérfano, porque al cabo el huérfano es una prenda consagrada á la caridad y á la religion. Su vida es un páramo: es verdaderamente el huérfano, el mendigo. Pregunte V. á un hombre. ¿Tiene V. salud?—Sí.—¿Y familia?—Sí.—¿Y mujer?—Sí.—¿Y fortuna?—Sí.—Si luego gime, compadézcale V. La existencia de ese hombre encierra un misterio que el mundo no comprende. En medio de la humanidad se vé solo y arroja un gemido, porque la soledad parece ser una virgen que suspira.

—¿No tienes amigos? Me preguntan.—No.—Pero eso es profesar el ateísmo social.—Será lo que VV. quieran. Y cuenta, que todos los hombres tendrán mas talento que yo; pero muy pocos habrán tenido mas fé en las cosas humanas. Yo me he sentido animado de la fé necesaria para trabajar muchos años sin publicar ni una línea siquiera. Seria una aprension descabellada, no lo niego; pero yo creia trabajar para mis semejantes. Así se cree en la humanidad; pero la fé es una luz del alma que brilla mientras que vivimos en nuestro interior: luego que nos aplicamos á la vida esterna, aquella luz muere, porque el trato de nuestros hombres es una verdadera estatua de hielo. Tocamos y quedamos frios. ¿Pretenéis retirar la mano? Es inútil: el mal está hecho. Aquel frio circuló ya por nuestras venas, y nos heló la sangre. ¿Y nuestra fé, y nuestras creencias de otra edad? ¡Ah! teneis la estatua!

Todos los hombres serán mas virtuosos que yo; pero acaso ninguno siente como yo la necesidad de vivir en una asociacion, formal en sus palabras, imparcial en sus actos, justa en sus tendencias, moralizadora en sus fines. ¿Quiere esto decir que soy un bendito? No: quiere decir que seré un de-

monio; pero un demonio que no encuentra delicias en el infierno. Lo que voy á manifestar es un deseo que he experimentado muchas veces. Yo deseara preguntar á esos prominentes del mundo que se llaman magnates, hombres, á esos héroes cuando concentráis una mirada en vuestro quisiera decirles: cuando os veis en el espejo del alma, ¿qué sois á vuestros ojos? ¿Cómo os llamáis? ¿Qué queréis? ¿Qué sentís? Una respuesta franca pudiera adentrarnos mucho. Ciertamente que responderían que experimentaban el malestar que se experimenta cuando nos tocan una llaga: seguro es que dirían que una úlcera oculta gangrenaba todos sus afectos. ¿Por qué? Porque el hombre de hoy, el hombre de Madrid es un ser ficticio; da á la opinión lo que debe á su propia conciencia. Se sacrifica sin la recompensa de una palma, porque una víctima no es un mártir. Sin la convicción de los buenos principios, la vida es un purgatorio sin mérito. ¿Qué sucede? Que un coche hace las veces de una emoción buena: una gala usurpa un influjo á un pensamiento: un pergamino representa una gloria: una intriga vale lo que la sociedad llama una fortuna. ¿Y nuestra fé? ¿Y nuestras creencias? Aquí vemos el espíritu malo; pero ¿dónde se oculta el espíritu bueno? ¿Ahí teneis la estatua!

¿Qué sucede? Que una señorita se adereza porque la esperan en un festín. Piensa tal vez en revestir su porte de ese continente severo, decoroso, delicado, verdadero triunfo de la mujer? ¿Dice por ventura: yo soy una vestal: el trato con los hombres debe ser un culto. Mientras que así obre, un salón es un templo: yo soy una diosa. En el idioma del mundo, será una heroína. ¿Piensa en esto? Piensa en ser, no la reina como dice la galantería, sino la tirana del sarao. Propiamente hablando, no piensa: hace. Coge la luz, se acerca al espejo. Honra sus trenzas con una flor... Diga mal: la flor es la honrada. Consulta el efecto de una sonrisa, se muerde los labios, repite un mohín, se mira de frente y de través y retoca y vuelve á retocar, se embelesa... Tanto trabajo para algunas horas de fastidio! Después de la breve jornada, se apagan las luces y todo se lo comen las tinieblas. ¡Pobre muger! Pero ella se vé muy grande en el espejo, se hace una reverencia, porque juzga que debe empujar por rendirse parias á sí misma, y exclama: ¡Qué hermosa estoy! Si yo me encontrara á su lado, la diría: pero ven acá: ¿no sientes otro afecto que el orgullo que te engendra el arteificio de ese tocado, ó la estudiada postura de esa flor?—¿Y para que otra cosa? [respondería tal vez. ¡Qué hermosa estoy! yo añadiría inmediatamente: ¡Qué fea estás! ¿cuántos dimes y cuántos poco magin! ¿Cuánto por fuera y cuán poco por dentro! Ella me condenaría seguramente con la mirada que dirigimos á un pobre tonto.

Ya está en la fiesta. A las pocas vueltas de baile, se baja el cabello y le oculta el diamante del zarcillo. La flor ha perdido la magia del estudio, y la temperatura del salón empieza á marchitarse. Nuestra muger ve reflejada su imagen entre las luces de un espejo, mira en aquel momento á su rival y le parece mas hermosa. La fiesta se ha convertido en un festín profano: una víctima debe sacrificarse, y nuestra su tana es la ternera blanca sobre cuya cabeza cae la cuchilla. ¡Una derrota! El águila comienza á bajar: aquello es una sombra que atraviesa sus ojos. ¡Pobre muger! Abate las sienes, palidece quizá, el fuego de su pupila se apaga, mientras que sus adoradores van á implorar de la mirada de su enemiga una ilusión ardiente... ¡Una derrota y un desengaño! El águila baja: aquello es otra sombra que se pasea delante. El tiempo corre con alas de fuego que todo lo abrasan, otra estación viene, y al fin llega una hora en que nuestra heroína abre los ojos á los rayos de un alba que no es hermosa para ella, tiende su vista por el panorama de una existencia que pasó para no volver, y no puede menos de exclamar mordiendo los labios marchitos: «¡No es eso: me engañaron!» El abril pasó, aquellas sombras oscurecieron su día: el águila recoge su pluma. ¿Y las ilusiones de su alma? ¿Y el delicado matiz de su rostro? ¿Y la flor? ¿Qué diría si me viese á la cabecera de su lecho? Me daría la mano, me la estrecharía mucho, añadiendo quizás: ¡Ay amigo!—¡Mano helada! ¡Amistad cruel, porque es la amistad del despecho! último acento de la postración: ¡idioma terrible del que no puede!—¿Todo ha pasado? Todo, menos la culpa. ¡Y el punto no tiene espaciación! ¡Llorar y arrepentirse es la penitencia? ¿Y mis creencias? ¿Y mi fé? ¿Ahí teneis la estatua! Y sin embargo, á muchas señorilas de provincia he oido significar vivos deseos de venir á la Corte. Creen sin duda que Madrid es un prisma encantado que refleja las glorias del cielo. ¡No, pobres palomas! Bien os hallais en vuestros nidos. Aquí se aprende la hipocresía del santón y se pierde la pureza del patriarca. No quiera Dios que esclameis un día: ¿y nuestra herencia? ¿Qué nos ha quedado? ¡Culpa y destierro!

¿Qué sucede? Hable V. á cualquiera de esos literatos de portal que consumen su vida haciendo reverencias á los editores. Y no se entienda que abrigo hácia ellos saña alguna. Juro que no. Les tengo miedo; pero me lastima su desgracia, porque al fin nos es comun un mismo nombre y un mismo anatema. Hable V. á cualquiera de esos literatos. ¿Qué dicen? Este piensa escribir la filosofía de la Historia Universal, el otro pone notas á las instituciones de todos los imperios del mundo: el de mas allá proyecta enriquecer con comentarios críticos la legislación de Licurgo, y el que le sigue prepara una erupción de cinco ó seis tomos, con la curiosa particularidad de que la portada de cada uno presentará la caricatura del Emperador de Marruecos. ¿Los oye usted? Pues acaso el patron no sabe analizar una sola página de la historia de su país.—Tal vez tú no lo harías tampoco, se me dirá. Estoy conforme; pero decir que yo no sé, no es probar que los otros saben. ¿Qué sucede? No me es dado pasar de aquí. La naturaleza del periódico en que escribo no me lo permite, ni á mí me place penetrar en tierras vedadas. Si avanzara un solo paso mas, me daría de cara con esqueletos, y esto no se puede decir, porque las sombras espantan la conciencia de ciertas gentes. Lo evidente es que las personas pensadoras que vienen á Madrid por algún tiempo, no pueden menos de escribir en sus carteras palabras semejantes: «la era primitiva tuvo una tierra de promisión: las edades modernas tienen muchas tierras vedadas. En los primeros dias de la cristiandad, hubo un hombre Dios: ahora hay muchos hombres diablos. ¡En marcha nosotros! ¡desventuradas nuestras madres que en

tales tiempos nos dieron á luz! ¡Esqueletos y prohibiciones! ¿Y nuestra fé? ¿Y nuestras creencias?» ¡Ahí teneis la estatua!

(Se concluirá.)
EL PEREGRINO.

REFLEXIONES SOBRE LOS PELIGROS DE LA NAVEGACION Y LA POSIBILIDAD DE EVITARLOS.

No es posible tender la vista sobre la superficie de los mares, sin experimentar una emoción respetuosa hácia los portentos de la naturaleza; no es posible considerar aquel inmenso lago sin poner en parangon nuestra pequeñez con su gran magnitud; ni hay corazón, por animoso que sea, que no se anonada al presenciar por la primera vez la escena portentosa de sus revoluciones, cuando agitado por los vientos arruga su frente, pierde el equilibrio, y entre profundos bramidos y horribles oscilaciones, tienden las aguas á ganar la posición que mas ó menos tarde se establece por la constante acción de la gravedad.

Parece que el hombre, en vista de aquellos hechos tan imponentes, debiera horripilarse y amortiguar cuantos deseos pudieran escitar en él la curiosidad y las necesidades, teniendo que penetrar para satisfacerlos por aquel valle de peligros tan amenazador é inconstante. Pero muy lejos de esto, familiarizándose con semejantes acontecimientos, se lanza con un arrojo insultante, y lleno de orgullo se señorea entre las convulsiones de las aguas, y gira en todos sentidos probando su valor y su inteligencia sobre todos los demás seres creados en la tierra. Por este atrevimiento comunica todos los puntos del globo, cambia sus producciones y aumenta las comodidades de la vida; nada encuentra inaccesible, y aunque nació en un recinto sumamente limitado, forma su patria todo el mundo llevando á todas partes su poder. Sin embargo, este mismo valor que le acompaña, le hace experimentar con frecuencia el castigo de su atrevimiento, y á pesar de las infinitas precauciones que el entendimiento le sugiere para salvarse, no se puede gloriarse todavía de penetrar impunemente en el seno de tantos peligros.

En efecto, por mas ilustrada que se halle la ciencia de la navegación; por mas comodidades que ofrezcan los buques mejor contruidos, no pueden inspirar al viajero aquella calma apacible que proporciona la entera confianza en la seguridad: nunca al pisar la cubierta para alejarse de la costa puede mirar con faz serena el suelo de que se despidió, porque todavía no le ha dicho la experiencia: no temas á los peligros; el suelo que te conduce reúne todas las condiciones de seguridad: no te horrorices de los baxíos, ni temas que la impresión de los huracanes, obrando en las enormes palancas de la arboladura, puedan hacer zozobrar á tu conductor: no esperes que las calmas apuren tu sufrimiento, condenándote á morir de sed y de hambre con tus desgraciados compañeros: duerme tranquilo en tu camarote, y no esperes un momento en que puedas hallarte sumergido con el recinto que habitas, como se han visto tantos infelices; en fin, espera llegar al puerto que anhelas sin experimentar otros peligros que los que tendrías en la tierra. Si estos consuelos resonaran por convicción en la mente del viajero navegante, nada podría igualar al placer de la navegación, ni á la serenidad con que la madre miraría á sus tiernos hijos al dejar la tierra para trasladarse con ellos á los otros confines, sin el temor de esponerlos á los horrores del naufragio. ¡Pero cuán distantes estamos, desgraciadamente, de esta seguridad!

Aunque parece que las cosas han llegado al extremo posible, proporcionando en los mares tal vez mas comodidades que en la tierra, y aunque la elegancia de los buques encanta la vista y hace admirar el ingenio del hombre, sus ricas banquetas de terciopelo y sus delicados almohadones están cubiertos de espinas que acibaran el reposo que ofrecen, y solo la costumbre de reclinarse sobre ellos, y mas que todo la poca meditación, pueden hacer llevadera su vista. Un buque lleva en su misma forma todos los elementos de su destrucción, y por mas que parezca apurado el ingenio del hombre en este punto, se concibe muy bien la posibilidad de dar otro giro á las construcciones, bajo el cual pudieran aminorarse los peligros. Se nos dirá que siempre se han construido bajo el mismo sistema, siendo el mas conveniente que han hallado los ingenieros de todas las naciones; pero esto no nos arredra para manifestar nuestro juicio sobre los defectos de que adolecen y el medio de remediarlos. Los hombres entendidos formarán su opinion sobre nuestras razones, apreciándolas en lo que valen; nosotros sufriremos con resignación su parecer, y si por fortuna fuese favorable, y escitara la curiosidad de los constructores estimulándolos á verificar algun ensayo, será nuestro gozo indecible, por haber tenido la fortuna de indicar lo que tal vez á muchos se les habrá ocurrido, quizás con mas ventajas, aunque no con mejores deseos de ser útiles á sus semejantes.

No se puede dudar que la forma actual de las embarcaciones es muy á propósito para surcar los mares con velocidad, porque la superficie que presentan en su movimiento á la resistencia de las aguas, es bajo ciertos ángulos que facilitan el desalojamiento de las partículas líquidas, que no pudiendo obrar perpendicularmente sobre la proa, descomponen su resistencia en dos sentidos, disminuyendo por este medio gran parte del esfuerzo con que se oponen al movimiento de la nave.

El gran volumen de agua que desalojan por su mucha introducción en este líquido, es otra ventaja que permite con el auxilio de la forma cóncava interior conducir gran cantidad de peso en un espacio reducido. La arboladura y el velamen, no solo facilitan los movimientos en las direcciones convenientes, sino que dan al buque un aspecto magestuoso: por último, una embarcación bien contruida y adornada con todos sus accesorios, es un objeto encantador, airoso y esbelto, que entusiasma la vista y escita ciertos deseos de examinarlo con detención.

Si las aguas del mar estuvieran siempre tranquilas; si los vientos fueran moderados y no desplegaran jamás sus furioses; si el fondo fuera constantemente igual, y si no existieran los bancos de arena y los arrecifes, seguramente las embarcaciones actuales llenarían todas las condiciones de seguridad, comodidad, velocidad y hermosura; pero no pudiendo evitar todos los inconvenientes mencionados, forzoso es con-

venir en que todo cuanto proporciona las ventajas que hemos espuesto, se convierte en un verdadero daño que facilita la pérdida en los momentos del peligro. ¿Quién duda que la mucha cala de los buques lleva siempre su quilla espuesta á los funestos choques contra los arrecifes ó los bajos de piedra que no siempre pueden evitarse porque se encuentran á menos profundidad que la cala del buque, ó porque la oscuridad de la noche ó el extravío causado por los temporales hacen al piloto ignorar los peligros que tiene debajo de sus plantas? ¿Los continuos balances causados por el esfuerzo de los vientos sobre las velas y la arboladura, ¿no son ademas capaces de convertir el buque en un juguete de los vientos, de una incomodidad á veces insostenible y de un peligro inminente, cuando los huracanes despliegan todo su poder y las olas contribuyen con sus movimientos? ¿El choque violento de la proa contra una roca, no disloca toda la armadura por hallarse dependiente de la quilla, y ocasiona su completa destrucción y el desconsuelo de cuantos le acompañan? Y últimamente, ¿esa forma cóncava, tan favorable para aumentar el volumen de agua desalojado y facilitar mayor peso en los trasportes, no es la misma, que recibiendo las aguas que por un azar cualquiera se introducen por la arte inferior á espensas de la presión del buque, le conduce al fondo con todos los desgraciados que lleva consigo? Si, esa gran cavidad á donde se encierran las comodidades, se halla siempre dispuesta á contener el suplicio de sus habitantes, tan luego como las aguas puedan establecer su nivel por una entrada cualquiera, lo que no sucede pocas veces. Verdades son estas que no las podrán negar los hombres entendidos; verdades que infunden el desaliento en las personas meditadoras, y que los hechos á que se refieren han causado millones de víctimas y desgraciados. Probado está que la forma actual de las embarcaciones no llena las condiciones de seguridad apetecidas.

Sin embargo, si como durante tantos siglos, no se hubiera conocido otra fuerza motriz para trasportar las naves que la que suministran los vientos, nada podríamos decir sobre el estado de la navegación, sino que habia llegado á la perfección posible, porque la buena inteligencia en la disposición del cordaje para ejecutar las maniobras y tomar los vientos bajo el ángulo que conviene, apenas se podría mejorar, si es susceptible de mejora; y con respecto á la forma de las naves, difícilmente se hallaría otra que mejor pudiera responder con su velocidad á la impresión que los vientos ocasionan sobre las velas. Todo está bien dispuesto: todo allí es precisión y el resultado de una meditación profunda: las naves, en fin, están cual deben para surcar los mares con el auxilio de los vientos. Pero el tiempo que renueva las generaciones y las cosas, nos enseña tambien de vez en cuando lo poco que debemos fiar en la perfección de nuestras obras, y que somos harto necios cuando imaginamos que nuestro discurso lo ha conseguido todo, y que no cabe sustitución en lo que llamamos perfeccionado. Millares de ejemplos nos patentizan esta verdad: infinitas son las invenciones que en su época causaron la admiración de sus contemporáneos, y hoy las vemos arrojadas al olvido, desdenándonos hasta de concederlas el privilegio de haber sido el origen de otras inspiraciones con que nos adornamos en la actualidad.

Hace algunos años que el eslabon, la yesca y el pedernal formaban un aparato indispensable en la economía doméstica, y parecia que el sistema de producir el fuego habia llegado á la suma perfección; tuvieron despues lugar las confecciones fosfóricas, y en el día haria un papel muy ridiculo el que avezado á las invenciones de nuestros abuelos, desenvolviera la bolsa de las yescas para encender un cigarro.

La electricidad galvánica ha trastornado el arte del dorador y el antiguo sistema de comunicaciones; el aparato de Daguerre ha hecho prolijo é inseguro el ojo de los mejores paisagistas, y la aplicación del vapor ha cambiado la faz de la mecánica, del comercio, de la agricultura y de la civilización: ¿por qué, pues, no debemos esperar iguales beneficios en la comunicación por los mares, y tanto mas, cuanto que ya hace algun tiempo que ejerce su influencia en la navegación de una manera ventajosa? Cuando la fuerza motriz desarrollada por el vapor se adapta con tanta facilidad á todos los puntos, y cuando esta fuerza puede multiplicarse á nuestro antojo, por medio de una ó muchas máquinas que conspiren al mismo fin, y hacer la velocidad de las dimensiones que apetecemos, se concibe muy bien que pueden y deben desaparecer de los buques las arboladuras, las velas y el cordaje, produciendo por este medio una economía portentosa, tanto en la construcción del buque, cuanto en la tripulación que en la actualidad es indispensable para la maniobra, que por otro sistema de construcción podría suprimirse en gran parte. El buque, desembarazado de los trasportes, al paso que disminuirían los peligros, y el oficio de marinero no tendria que lamentar tantas desgracias, ocasionadas por las difíciles posiciones en que se encuentran continuamente los que le ejercen, durante los grandes temporales. Veamos pues, cómo pueden remediarse tantos inconvenientes.

Hemos dicho que la forma cóncava de los buques era uno de los mayores verdugos contra la seguridad, porque si bien es susceptible de desalojar mucha cantidad de agua y de contener por esto mismo mucho peso, tambien una vez establecido el nivel en la parte interior y exterior, por causa de una rotura cualquiera, no pudiendo soportar el peso que antes contenían, se ven precisados á descender al fondo, donde quedan sumergidos. Si esta convexidad del buque no existiera, jamás podría encontrarse en este caso. Una balsa formada por maderos y cargada en toda su superficie con un peso que la permita flotar perfectamente, no se irá jamás á fondo aun cuando las aguas pasen por encima, porque no pudiéndolas contener sino de una manera transitoria, no se puede ver sobrecargada con un peso superior á sus fuerzas, ocasionado por las aguas detenidas en sus cavidades, puesto que estas no existen, y aun cuando una ola impetuosa la obligara á introducirse en el agua, solo seria por algunos momentos, porque la balsa es flotante por su misma naturaleza sin el arteificio de la forma. No es decir esto que pretendamos sustituir la hermosura de los buques actuales con las imperfectas balsas de los primeros tiempos, pero sí que en ellas se encuentra el sistema sobre que se pueden fundar la comodidad y la seguridad de la navegación.

(Se continuará.)—LUCIANO MARTINEZ.

HISTORIA Y ORIGEN DEL TABACO.

Nicotiana tabacum, Lin.Fam. Natier. Solana-
ceae, Juss., Nico-
tianeae, Endl.

El tabaco que se usa de tantos modos en Europa, es una planta venenosa en el interior; su principio activo es la nicotina, y el humo es stupefacivo tomado por los que no están acostumbrados á fumar. Actualmente se conocen mas de diez clases cuyas hojas son muy buenas para hacer rapé, fumar ó mascar.

El origen del tabaco data del año 1595: sir Walter Raleigh al llegar á la Trinidad vió que allí lo usaban para fumar: su cultivo se introdujo en la Virginia en el año 1616, y en seguida en el Brasil, Demerara, Cuba, Santo Domingo, Cabo de Buena-Esperanza, en las Indias y tambien en Europa. Sir Walter Raleigh introdujo su cultivo en Irlanda, esparciéndose luego por Inglaterra, en donde fué prohibido en el año 1782.

Esta planta ha tomado su nombre de la isla de Tabasco, situada en el golfo de Méjico; en una entrevista que tuvieron los españoles en 1519 con el cacique de esta isla, vieron por primera vez fumar el tabaco, y al año siguiente hizo Cortés una remesa á Carlos V, con otras muestras de las producciones del país cuya conquista habia hecho, y á consecuencia de este regalo se introdujo el uso del tabaco en Europa; los venecianos y los genoveses lo esparcieron por el Levante, Turquía, Arabia, Persia, y por toda el Asia en el año 1564. Los plantadores holandeses dieron semillas de tabaco á Juan Nicot. Monsieur de Villemain, embajador de Francisco II en la corte de Portugal, envió semillas á la reina Catalina de Médicis, que en seguida protejió el cultivo del tabaco como planta medicinal, lo que la hizo nombrar yerba de la Reina: Linneo le dió el nombre genérico de *nicotiana*.

El cultivo del tabaco se ha esparcido muy pronto por el uso que de él se ha hecho: se cree que su introduccion en Inglaterra se hizo por los colonos que volvieron en el año de 1586 del establecimiento que habian tratado de fundar en la Virgi-



La Princesa Cristina Tibulce de Belgiojos.

nia, bajo los auspicios de sir Walter Raleigh; despues de esta época los colonos de la América septentrional consagraron sus cuidados á este cultivo; pero en 1622 la cosecha apenas llegaba á unas 60,000 libras; diez y siete años despues habia tomado tal desarrollo, que la junta legislativa creyó deber poner obstáculos á su cultivo. Esto no impidió que tomase en seguida un desarrollo en el año 1709 hasta llegar á 28.850,000 libras, de las cuales 11.950,000 fueron consumidas en Inglaterra. En el año 1793 llegaba á 99.360,000 libras, de las cuales 36.950,000 se consumian en Inglaterra y lo demás en el resto de la Europa.

La introduccion del tabaco de América hasta el año 1834 ha quedado casi estacionada. La razon es muy sencilla: toda la Europa, antes de 1793, se proveia de América; las guerras han puesto obstáculos, y los europeos se han dedicado á hacer en grande el cultivo del tabaco. Este cultivo se hace ahora en Holanda, Alemania, Hungría, Francia, Siria, Grecia y Turquía.

Los indios le cultivan solo para su uso particular; en el Levante, Salónica, es un grande mercado de tabaco. El de Hungría seria bastante bueno si no tuviese siempre un sabor á humo muy desagradable.

La Ucrania, la Libonia, la Prusia, la Pomerania, producen con abundancia una clase de tabaco cuyas hojas son mas anchas que largas, delgadas, y no tienen sino un sabor y consistencia medianos, pero mezclado con los mejores tabacos toma su gusto y aroma. Se cultiva tambien en Holanda en gran cantidad, y el de la provincia de Utrech es de una calidad superior.

Entre las Antillas, Cuba adoptó muy pronto el cultivo del tabaco, y se ha señalado por las mejoras que ha introducido, sobre todo en los cigarros, que son los que prefieren los españoles, tanto en América como en Europa; su perfume, aunque fuerte, es muy estimado.

El tabaco de la Habana es uno de los mas famosos de las Antillas: los cigarros son los mejores que se conocen, y se hace de ellos un inmenso consumo. El uso del tabaco en Francia ha sido muy combatido como perjudicial para la salud, lo que no ha impedido que se generalizara en toda Europa: en el año 1832 los estancos de Francia produjeron 49.500,000 francos, á pesar del contrabando que se hizo en grande escala.—F. R.

NUEVA SERIE

DE LA

BIBLIOTECA UNIVERSAL.

Esta es la primera obra que va á aparecer en la nueva serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que será una coleccion de obras de religion, moral, educacion, filosofia, medicina, legislacion, artes y oficios.

La edicion de la BIBLIA será esmeradísima, en papel superior satinado, con tipos nuevos fundidos expresamente.

Los grabados, copias de Rafael, Rubens, Murillo, Bembard, Ribera, Tintoretto, Salvador Rosa, Ver-net, Miguel Angel, Madrazo, Poussin, Veronés, y otros pintores célebres.

Podríamos poner aquí una larga lista de las obras religiosas, filosóficas, científicas, y artísticas que tenemos dispuestas para esta nueva serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL pero la esperiencia nos ha hecho conocer que es mucho mas ventajoso presentar las obras mismas, que anunciarlas con excesiva anticipacion. Diremos sin embargo, que á la Biblia seguirán in-



LA SANTA BIBLIA.

Edicion publicada con parecer, exámen y previa censura de la autoridad eclesiastica, é ilustrada con preciosísimos grabados en madera, copiados por los mejores dibujantes, de los cuadros inspirados á los pintores mas célebres, por los pasajes evangélicos y bíblicos.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

Un tomo

EN 8.^o EN CADA ENTREGA.
UN REAL ENTREGA.
REAL Y MEDIO EN PROVINCIAS.

mediatamente UN DICCIONARIO COMPLETISIMO DE LA LENGUA CASTELLANA, que vendrá á costar á los suscritores menos de 40 reales y una novísima edicion del FEBRERO reformado con arreglo á las últimas disposiciones legislativas, y cuyo precio no excederá de 60 reales.

Los precios de las entregas de la BIBLIA serán los mismos que los de otras entregas de la BIBLIOTECA, es decir, un real la entrega en Madrid y real y medio en provincias.

Las obras de la tercera serie que por su naturaleza no se prestan á la ilustracion, compensarán la falta de grabados con la rebaja de precio.

La primera entrega de la BIBLIA aparecerá el 28 de febrero próximo.

Anticipándonos á la aparicion del prospecto podemos anunciar que LA BIBLIA costará completa é ilustrada con 200 á 300 grabados, de un mérito superior unos 40 á 45 reales en Madrid.